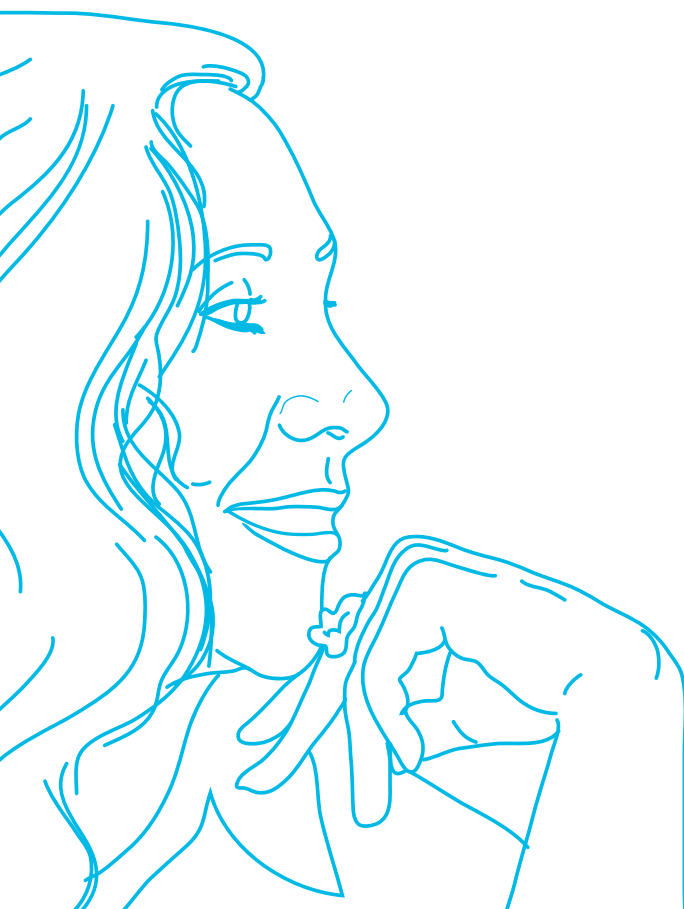


PREMIO NACIONAL DE LITERATURA STEFANIA MOSCA 2018

Nelson Chávez Herrera

Los *restos* *del cholo* Facundo



Stefania
Mosca



Alcaldía
de Caracas

Fondo Editorial Fundarte

Stefania Mosca (Caracas, 1957-2009), escritora, intelectual, promotora cultural. Con su compromiso literario, marca los inicios de nuestro siglo XXI como una de sus figuras más fecundas y queridas.

El Fondo Editorial Fundarte, en el 2010, ha rebautizado su tradicional concurso en los diversos géneros de las letras, con el nombre inspirado de una mujer que practicó la escritura, (ensayo, crónica, cuento y novela), signada por una posición de lucidez inquebrantable.





**Alcaldía
de Caracas**

**Érika Farías
Alcaldesa**

**María Isabella Godoy
Presidenta de Fundarte**

Consejo Directivo

Gustavo Pereira
Alberto Rodríguez Carucci
Zuleiva Vivas
Nelson Guzmán
Carlos Tovar
Saúl Rivas Rivas
Xavier Sarabia

Secretaria General

Elitany Raga

Gerente de Publicaciones

José Leonardo Riera Bravo

Los *res*
cholo *Fa*

PREMIO NACIONAL DE LITERATURA STEFANIA MOSCA 2018

NELSON CHÁVEZ HERRERA

Los *restos* del
cholo *Facundo*



Alcaldía
de Caracas

Fondo Editorial Fundarte

*restos del
Facundo*

Colección Stefania Mosca. Crónica
© Fundación para la Cultura y las Artes, 2019

Los restos del cholo Facundo

© Nelson Chávez Herrera

Al cuidado de: LEONARDO ANTONIO PERDOMO VARGAS
Corrección: HÉCTOR A. GONZÁLEZ V.
Ilustración de portada: CÉSAR A. MATA
Diseño y concepto gráfico general: DAVID J. ARNEAUD G.

Hecho el Depósito de Ley
Depósito Legal: DC2019000940
ISBN: 978-980-253-742-6

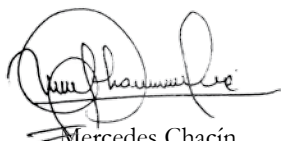
FUNDARTE. Avenida Lecuna, Edificio Empresarial Cipreses,
Piso Mezzanina 1, Urb. Santa Teresa
Zona Postal 1010 Distrito Capital, Caracas-Venezuela
Teléfonos: 0212-541-70-77 / 0212-542-45-54
Correo electrónico: fundarteeditorial@gmail.com
Gerencia de Publicaciones y Ediciones

VEREDICTO
IX PREMIO NACIONAL DE LITERATURA
STEFANIA MOSCA 2018 – MENCIÓN CRÓNICA
FUNDARTE. ALCALDÍA DE CARACAS.

Nosotros Mercedes Chacín, Oswaldo González y Benito Mieses convocados como jurados del Premio Nacional de Literatura Stefania Mosca, mención Crónica, organizado por el Fondo Editorial FUNDARTE de la Alcaldía de Caracas; después de leer y evaluar los manuscritos enviados por los participantes hemos decidido premiar por unanimidad el libro *Los restos del cholo Facundo*, presentado bajo el seudónimo Coromoto Montilla.

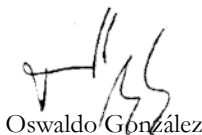
Esta premiación se concede por el hábil manejo de la escritura que implica una novedad en el arte de escribir crónicas, el rigor en la investigación, contenido de humor y suspenso, con elementos importantes del realismo mágico plasmando, a la vez, una visión histórica y filosófica sobre nuestro más importante pensador, Simón Rodríguez.

Una vez abierta la plica el autor se identifica como Nelson Chávez, Cédula de Identidad N° 29.845.613.



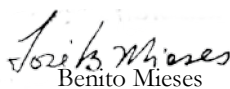
Mercedes Chacín

V- 6.414.283



Oswaldo González

V- 6.463.525



Benito Mieses

V- 4.841.491

Caracas, 29 de julio de 2018

I

*Creo reconocer la letra, este papel. Antiguamente, en los años más atrás,
representaron para mí la realidad de lo existente.*

José Gaspar Rodríguez de Francia en *Yo el Supremo*

AUGUSTO ROA BASTOS

Quería ir a Amotape. Simón Rodríguez ofrendó a la tierra su cuerpo en este pueblo, un 28 de febrero de 1854, y yo había escuchado a los habitantes del lugar declarar inquietos —en un documental titulado *El último viaje de Samuel Robinson*—, que los restos mortales del maestro del Libertador seguían estando allí; que los despojos que se habían llevado los militares eran otros, los huesos de otro personaje.¹

Eventualmente mi estancia de investigación para la Maestría en Estudios Latinoamericanos podría conducirme hasta el misterio de Amotape; no obstante, precisar el rumbo de un viaje puede ser una ilusión, querer atrapar la incertidumbre con las manos. Mi trabajo, para la Universidad Nacional Autónoma de México, consistía en desandar los pasos de Simón Rodríguez por el continente en busca de los manuscritos y las ediciones príncipe de sus obras publicadas en Venezuela, Perú, Nueva Granada, Ecuador, Bolivia, Chile; digitalizar ensayos, obras de teatro, libros, artículos que hablaran acerca de su vida y sobre su obra; finalmente, sondear en el alma del continente su estela luminosa titilando en la memoria de nuestros pueblos, intelectuales, profesores, universidades; entender la valoración

¹ Juan Antonio Calzadilla Arreaza, *El último viaje de Samuel Robinson*, Caracas, 2007.

de su legado filosófico en medio de esa predisposición maníaca que nos impele a buscar respuestas a nuestros problemas en autores extranjeros, concediendo continuidad a un sentimiento de inferioridad inoculado que aceptamos, terriblemente sumisos, como si esa herencia colonial nos resultara ineludible.

Salí del aeropuerto Simón Bolívar de Caracas hacia Lima vía Panamá en horas de la mañana, y luego de fuertes turbulencias acaecidas al sobrevolar los Andes aterricé en el aeropuerto Julio Chávez a eso de las diez de la noche. Una brisa fría esparcía un olor marino sobre la atmósfera limeña aparentemente solitaria. Encaminado hacia los taxis, pensativo, recordé a Sebastián Salazar Bondy cuando apunta algo así como que «el desierto habita en esta ciudad» como una fantasmagoría. La poética de la expresión es sugestiva, pero no estaba dispuesto a filtrar mi percepción con lecturas, las visiones de Lima seguramente serían caleidoscópicas e insondables, mejor descubrirla poco a poco, sin prejuicios, sorprenderme con sus revelaciones.

Precisé al conductor trasladarme a un hotel económico cerca de la terminal. Desde la ventanilla del vehículo en movimiento fui observando las calles a esa hora solitarias. Después de muchas vueltas innecesarias, previendo un elevado costo del transporte, decidí alojarme en un motel de cincuenta soles, atiborrado de luces de neón, con espejos de colores en la fachada, ante cuyo resplandor me imaginé entrando en una máquina de probar billetes falsos.

Después de una ducha caliente encendí el televisor y vine a enterarme que al Comandante Hugo Chávez lo habían trasladado esa noche desde La Habana hasta Caracas. Las televisoras peruanas, en

su particular fervor sensacionalista, presentaban la noticia como un estrambótico chisme rosa, cebado exclusivamente en las desgañadas declaraciones de los «líderes opositores» perorando miserables que a Chávez lo habían traído muerto, que no lo habían traído nada, que seguía en Cuba, que se había muerto en diciembre y que ellos, por tanto, exigían elecciones inmediatas. La línea política de las corporaciones trasnacionales de la información estaba clara en su agenda inmediata: legitimar el discurso de sus adláteres exigiendo en Venezuela elecciones presidenciales cuyos resultados reconocerían única y exclusivamente si ganaban. La misma soberbia. El mismo simulacro. Nada nuevo bajo el sol.

La otra noticia que mantenía a los periodistas peruanos alarmados era la de un gringo joven encontrado muerto en la habitación de un hotel del Cuzco. Les temblaba la voz narrando el suceso con «vergüenza nacional», temerosos ante las posibles represalias de la embajada estadounidense, por su «ciudadano» muerto, barruntando preocupados cómo el turismo entero del Perú se vendría a pique, caería estrepitosamente, agónico, muerto, y etcéteras. Tanta alharaca, pensé, porque un gringo drogadicto, seguramente agente encubierto de los servicios de inteligencia, no había soportado la cocaína de alta pureza en la altura del «centro del universo», el Cuzco, la ciudad de los dioses fundadores del Tawantisuyo.

Los días subsiguientes de alojamiento los pasé en el centro de la ciudad en una casona de paredes de tapia donde los gruesos muros interiores del segundo piso habían sido demolidos para abrir paso a una pensión «familiar» de frágiles habitaciones levantadas con materiales de oficina; necesitaba ahorrar. El precio solidario era

de doce soles que incluían el derecho a un catre de resortes, ventilador de mesa, candadito para la puerta, más un baño compartido que con rigor metodológico utilicé exclusivamente para bañarme y orinar, lo juro por el poeta Miguel James.

Cuatro días estuve en Lima haciendo arqueo documental en bibliotecas tratando de tomarle el pulso a la ciudad, poco a poco descubrir el latir en las costumbres, seguir el ritmo de las voces, descifrar la razón histórica de las profundas desigualdades sociales, raciales, tristemente acomodadas, anidando y reproduciéndose como un parásito. Lima se me antojó vertiginosa, ruidosa, polvorienta, contenida en su rebeldía, a la espera de un Tupac Amaru. Tal vez ese era el fantasma intuido por Salazar Bondy, alucinaciones, o las voces de mis muertos susurrándome los diálogos del inframundo. Con estas sensaciones dándome vueltas salí de Lima camino a Santiago de Chile. En vuelo sobre los Andes hasta esa ciudad preludiada de montañas abigarradas en cuyas formas aluciné una mujer en parto, la imagen de esta dolida tierra.

En el aeropuerto me esperaba Lorena. Dispuesta a apoyarme. Entusiasta. Amorosa. Vital. Así es siempre.

Hice trabajo de archivo en Santiago, Concepción, Valparaíso. Los resultados incluyen entrevistas, memorias sobre el periplo de Simón Rodríguez al sur del país, textos presuntamente escritos por él sin firma o con seudónimo, más la referencia de una carta suya dirigida a Francisco Bilbao, sospechosamente desaparecida del Archivo Nacional. Hallazgos importantes, si bien no para esta crónica. Estando en Santiago recibí la noticia de la partida del Comandante Presidente Hugo Chávez, «el héroe poeta», como

lo llamó Ana Enriqueta Terán. Quedé mudo ante la sorpresa, era como intentar mirar hacia adelante a través de una lluvia torrencial en el vacío triste, nada se podía ver, solo sentir esa confusión extraña, como si un lugar de apoyo, el más importante, ya no fuese a estar más nunca. Un estupor similar sintieron millones de personas mientras otras, indolentes, celebraban ilusas el supuesto final del movimiento bolivariano. Lloré desde la distancia viendo a mi gente abatir la tristeza con tambores, cuatro, arpa, maracas, desconsolada en medio de ese trance doloroso, cantando hasta quedar sin voz, el adiós para el amigo entrañable, humilde soldado bolivariano, espíritu quijotesco del terruño que en su generosidad nos entregó su vida y rescató el orgullo, la fuerza de los siglos, el corazón de nuestros héroes y heroínas: nuestra más fértil memoria. En la mañana fui con Lorena a la embajada. A la entrada de la sede diplomática apostadas como carroñeros estaban las televisoras, ávidas de ese periodismo amarillista morboso, entrevistando y fichando chavistas, tal como lo hacían los viejos agentes de los servicios de seguridad pinochetista que, disimulados, se acercaban a uno para preguntar cualquier cosa. Yo no deseaba hablar, solamente dejarle unas velas al Comandante para el camino, escribirle desde el alma, en clave nuestra, como ofrenda, un logograma telúrico, palpito imperecedero de sus palabras augurales ese abril: «no nos hemos ido».

*Chávez
a la Corte de Los Libertadores*

II

«**A**lgún día este aeropuerto se llamará Violeta Parra o Pablo Neruda», imaginé mientras el avión se elevaba sobre la bella y melancólica Santiago con rumbo a La Paz. En Bolivia hice archivo en el Instituto de Estudios Bolivianos, la Universidad Mayor de San Andrés, la Biblioteca del Congreso Nacional, la Biblioteca y Archivo Nacional de Sucre, entre otros muchos centros de investigación donde trabajé incansablemente, motorizado por la curiosidad, fustigado por la disciplina e incitado por eso que Ernesto Sabato llama «la condición más preciosa del creador, la obsesión fanática». Los hallazgos en Sucre, la antigua Chuquisaca, más que notables, son excepcionales. Como no inciden directamente en esta crónica, pueden relatarse en otra ocasión.

Abandoné la República de Bolivia desde La Paz por la carretera vía El Alto en ruta hacia el Perú atravesando el altiplano, absorto en perforar con la mirada las gotas de agua cayendo sobre el empañado cristal de la ventanilla, inquieto, a la espera de contemplar la mítica ciudad de Tiwanaku. Al verla a lo lejos, asombrado, imaginé al Señor de los Báculos danzando mientras las lágrimas resbalan por sus mejillas, majestuoso, luciendo en su cabeza el tocado solar, en sus manos los bastones ceremoniales revestidos con cóndores y pumas.

Maduro tu colmillo,
maduras las espigas,
Kkori-Puma;
enciendan tus gruñidos
su hoguera de Wíphalas.
Dirás que todo esto
es trino solo
y como trino
con que arde su caverna
ni comienza ni acaba²

Bordeamos el sagrado lago Titicaca en un atardecer de antorchas encendidas sobre nubes. Cruzamos la frontera por El Desaguadero —tal como un día lo hizo el Mariscal, el Libertador, el maestro Simón Rodríguez— viendo todo arrojarse con las sombras hasta que llegamos a Puno con los últimos cobijos de la luz.

Visité las islas flotantes de los Uros, me sumergí en las aguas del sagrado lago tocando mi ocarina e hice archivo en la biblioteca Gamaniel Churata. A propósito del libro, *La Historia de Azángaro*, donde faltaban las referencias sobre la vida de Simón Rodríguez en ese pueblo, entrevisté a su autor, el gobernador de Puno e historiador René Calzín Anco, quien recibió mi demanda con agrado, al recordar la crónica de Paul Marcoy sobre el maestro, aparecida en un libro sobre Choquehuanca, escrito por Fernan Altuve Carrillo. René Calzín me habló de la presencia de Simón Bolívar junto a Simón Rodríguez en pueblos como Juliaca y otros que los biógrafos no registran, por el descuido de revisar los archivos parroquiales. Me obsequió su libro y con especial orgullo, *El Pez de Oro*, de Gamaniel Churata. Antes que la semana santa me impidiera hacer archivo en los pueblos siguientes seguí el rastro dejado por las huellas del maestro Simón Rodríguez, pasé por Azángaro, Arequipa, Sicuani y Cuzco.

² Gamaniel Churata, «Homilía del Khorí Challwa», *El pez de oro*.

Al regreso a Lima tenía digitalizados muchos libros escritos sobre Simón Rodríguez por autores que en Venezuela y México resultan enteramente desconocidos. Algunos textos inéditos, documentos oficiales, más las ediciones príncipe de la mayoría de las obras del Maestro, con excepción de algunas que se le adjudican pero aún nadie ha encontrado: el *Tratado sobre la pólvora* y su *Carta a cinco bolivianos*. Un solo texto del que existían ediciones me faltaba encontrar: *Crítica de las Providencias del Gobierno*, seis opúsculos que Simón Rodríguez publicó en esta ciudad en la Imprenta de *El Comercio*, en 1843.

En mi primera estancia en Lima busqué la *Crítica de las Providencias del Gobierno* en la Biblioteca Nacional del Perú y en la biblioteca Pedro Zulen de la Universidad Mayor de San Marcos, no tuve tiempo de ir hasta el edificio del diario *El Comercio*. Pregunté a mi amigo Joel Rojas Huaynates qué hacía falta para revisar los archivos del diario, su recomendación aprontarme con cartas de presentación avaladas por la Universidad Mayor, firmadas por mi cotutor en el Perú —mi amigo, el doctor Rubén Quiróz Ávila. Antes de viajar a Chile había dejado encaminadas las cartas y ahora, con estas en la mano, me dispuse a pasar por el diario *El Comercio*. Estaba casi seguro que allí estarían los seis opúsculos. Suponía que venían encartados en formato de cuadernillo en el histórico periódico fundado por Alejandro Villota y Manuel Amunátegui, último, tío de los primeros biógrafos de Simón Rodríguez, los hermanos Miguel Luis y Gregorio Víctor Amunátegui, quienes le conocieron en Santiago, en casa de Andrés Bello, cuando el maestro regresaba atribulado de su peregrinaje por Concepción, Monte Blanco y Trilaleubu.

Me equivocaba. En el histórico periódico no estaba la *Crítica de las Providencias del Gobierno*. La Imprenta *El Comercio* resultó desconocida para los trabajadores de la hemeroteca del periódico, casualmente, editado por esta misma imprenta, administrada por la misma persona, un tal José María Monterola. No existían en los archivos del diario *El Comercio* publicaciones de la Imprenta *El Comercio*. Era cosa de locos pensé, pero sin protestar, dediqué la mañana entera a revisar microfilms hasta encontrar, nada más y nada menos que los avisos clasificados mediante los cuales salía a la venta la *Crítica de las Providencias del Gobierno*.

AVISO

SE ha publicado una hoja suelta intitulada
Crítica de las Providencias del Gobierno, Se
Vende en la librería del Sr. Dubesset —
portal de Botoneros.³

El hallazgo me animó. Había leído la *Crítica de las Providencias del Gobierno* en los *Escritos de Simón Rodríguez*, encargados por Augusto Mijares a Pedro Grases quien los compiló, casi completos, hacia 1954. Pero pasa que en esta compilación, la *Crítica*... es casi ilegible. Es una impresión facsimilar borrosa, con las letras movidas, como hecha por un borracho y lo peor de todo, es que este facsímil sirve de base referencial para las ediciones posteriores. Principalmente, para las llamadas *Obras Completas* de Simón Rodríguez editadas por la Universidad Simón Rodríguez en 1975, base a su vez de la edición de la Presidencia de la República hecha en 1999, las dos, con sus respectivas reediciones.

³ *El Comercio*, Lima, mayo 18-C. V4. P1. Tomado del Instituto Riva Agüero.

Pedro Grases confiesa en su libro, *Las peripecias bibliográficas de Simón Rodríguez*, cuánto él padeció para conseguir los seis opúsculos de la *Crítica*... Le fue extremadamente difícil dar con ella, una y otra vez solicitó a sus amigos intelectuales del continente un ejemplar, sin resultados satisfactorios. La obra parecía no existir. Cosa rara, muy cerca había uno. Según Pedro Grases, resultó ser Vicente Lecuna, en Caracas, quien le facilitó un original de su colección particular. Yo había buscado tanto esa bendita *Crítica*... que ya dudaba de todo y de todos, hasta de Pedro Grases. Encontrar el aviso me devolvió la fe en su existencia. Empero, entendí que iba a ser difícil encontrar la obra completa, sino una hoja aquí, otra por allá, otra en ninguna parte. En la fugacidad del momento recordé a José Lezama Lima cuando pontifica: «solo lo difícil es estimulante». Con mayor decisión me fui a buscarla al Archivo Nacional ubicado en pleno casco histórico de la ciudad, al final del pasaje Piura, deteniéndome pétreo ante el mentado Portal de Botoneros, frente a la Plaza de Armas, imaginando a las personas limeñas de la época comprar su hojita coleccionable de la *Crítica*... en la librería del señor Dubesset, ciento setenta años antes.

Al consultar a los vigilantes del Archivo Nacional sobre la existencia de la obra declararon que ese tipo de trabajos ya no permanecían en el lugar. Que a lo mejor alguna vez estuvo allí. Solo que en la guerra del Pacífico, cuando la ocupación militar de Lima por parte del ejército chileno, este quemó muchos libros y archivos, probablemente ese que yo buscaba, el de la *Crítica de las Providencias del Gobierno*. Aturdido al pensar semejante despropósito salí del Archivo Nacional cavilando el epígrafe de una de las obras de Simón Rodríguez, *Sociedades americanas*, en 1828:

cómo serán

y cómo podrían ser en los siglos venideros. En eso han de pensar los americanos. No en pelear unos con otros.

Únanse, si quieren ser libres.⁴

Rumiando esta frase de camino a la Biblioteca y Hemeroteca del Ministerio de Relaciones Exteriores repasaba mentalmente nuestra historia de conflictos, esquivando a los cambistas de dólares vestidos con chaleco amarillo. El lugar, recomendado por los vigilantes del Archivo al entrever mi desasosiego, se emplaza en la cuadra 5 con Jirón Lampa, cerca de la plaza San Martín, donde, en las tardes, es posible asistir a efervescentes e imprevistos debates políticos populares. Ya en el interior del edificio me centré en revisar ficheros buscando algo por el nombre de Simón Rodríguez. La *Crítica de las Providencias del Gobierno* no apareció. En cambio, un documento, fechado en 1820, llamó poderosamente mi atención: la herencia de una hacienda cuyo favorecido era un tal Simón Rodríguez. Extraño, para ese año, según el propio testimonio del Maestro, él aún permanecía en Europa. Todo conducía a pensar que se trataba de un homónimo, pero había algo altamente sospechoso; la letra. La grafía de la firma era similar, por no decir idéntica a la rúbrica de nuestro Simón Rodríguez. En medio de esta búsqueda obsesiva especulé si la literatura y su carácter fantástico no empezaban a perseguirme. Un tanto asustado tomé las fotos del documento y abandoné el lugar antes que mi metódica curiosidad e imaginación, me condujeran a rastrear a este homónimo en un mar de papeles desordenados. No tenía tiempo, ni dinero para eso, debía seguir. Sin dilación, enfilé

⁴ Simón Rodríguez, *Sociedades americanas*, 1828, Pródromo, Arequipa (1828), impresor: Simón Rodríguez. Tomado del original conservado en la Biblioteca Nacional del Perú.

hacia la biblioteca del Instituto Riva Agüero en Jirón Camaná 459. Institución y casa, por cierto, situada muy cerca de la desconcertante pensión «familiar» de mi primera estancia en Lima.

En el Instituto Riva Agüero obtendría un documento excepcional. Una carta de Simón Rodríguez dirigida a un tal señor Manuel Almonte, secretario de la Municipalidad de Arequipa, fechada en 6 de enero de 1831, especie de oficio en que acepta el cargo de Adjunto a la Diputación de Escuelas de Instrucción Primaria de Arequipa. El descubrimiento cuestiona la afirmación de los principales biógrafos de Simón Rodríguez, convencidos de su llegada a la «Ciudad Blanca» en calidad de Director General de Enseñanza Pública.⁵ Un día bueno significa que no todos son malos. La carta pagaba la venida a Lima, ¡pero la *Crítica*..., la *Crítica*...! ¡Debía estar en alguna parte! ¿Dónde? Pobre maestro Simón Rodríguez. Mientras en el Teatro de Lima se presentaba la primorosa función lírica «El elixir del Amor», y en la tienda El Tigre N° 276 se vendían completas las *Memorias del Emperador Napoleón*.⁶ Lo imaginé tratando de vender hoja por hoja la *Crítica de las Providencias del Gobierno*, para, como manifestara nuestro insigne falsificador literario Rafael Bolívar Coronado: «quitarle la telaraña a los dientes».

No es mentira que Simón Rodríguez, como buen filósofo, se preció de necesitar muy poco para subsistir, ni que por defender los principios de su proyecto económico, educativo y político, hasta las últimas consecuencias, se condenó a la pobreza. A vivir en la carencia, pasando hambre, pidiendo prestado. Su *Defensa del Libertador* lo

⁵ Instituto de la Riva Agüero, Colección Félix Denegri, FDL-0864.

⁶ Avisos en el diario *El Comercio*, Lima, mayo 1843. Consultados en el Instituto de la Riva Agüero.

sentenció a la trashumancia, a la búsqueda errante de un mecenas para realizar sus proyectos, o el encuentro de un editor comprometido a financiar la impresión de sus escritos, permitiéndole inmortalizar sus ideas para el futuro y escapar de andar por ahí mendigando suscriptores o vendiendo hojitas sueltas de sus obras, para con el poco dinero colectado imprimir las hojas siguientes, pagar el alquiler, comer escasamente. Sentí pena al imaginarlo deambular por las calles de Lima en tales menesteres. Advertí su presencia sobrenatural siendo mi sombra protectora, y le solicité auxilio, guía a mis pasos en la senda de esclarecer los suyos.

Al día siguiente muy temprano fui al Museo Nacional de Arqueología, Antropología e Historia del Perú. Nada más y nada menos que la antigua hacienda La Magdalena, despacho y vivienda del Libertador en Lima. Casona donde según O’Leary, el Libertador, en el zenit de su gloria, portando el Supremo Mando Militar de los Ejércitos, recibió a su venerable maestro Simón Rodríguez emocionado como un niño, corriendo a abrazarle cuando este se apeaba del caballo.

En la biblioteca del Museo encontré compilaciones de los decretos promulgados por el Libertador Simón Bolívar como presidente del Perú, pero de la *Crítica de las Providencias del Gobierno* ni la más mínima referencia. Salí rumiando la pesadumbre. El libro continuaba escondiéndose por alguna razón desconocida. En pleno vuelo de mis elucubraciones esotéricas andaba cuando apareció la Antigua Taberna Queirolo. Una tasca limeña tradicional que sirve exquisita comida y ostenta el mejor pisco de la ciudad. Decidí almorzar para alegrarme, ordené escabeche de pescado, delicioso, más una copa de su mejor pisco, como bajativo, para hacer la diges-

tión. Una hora después, bajo un sol picante, me vi caminando hacia la avenida Brasil cuando un quiosco de periódicos que exhibía en su estructura metálica una imagen del Libertador hecha con técnica de estarcido atrajo mi atención. Abordé al quiosquero con la excusa de preguntarle qué número de ruta de autobús debía tomar para ir al Centro de Estudios Histórico-Militares que está en Paseo Colón con avenida Salaverri. El hombre, al escuchar mi acento, respondió con una pregunta:

—¿De dónde nos visita, amigo?

—De Venezuela. Una pregunta, ¿por qué su quiosco tiene esta imagen del Libertador?

—Porque este es el Municipio Pueblo Libre y yo soy bolivariano. Y si usted sabe un poco de historia, amigo venezolano, sabe que los bolivarianos del Perú somos pocos, pero verdaderos.

Quedé mudo. Me provocó abrazarlo pero estas cosas en Lima con personas desconocidos se estila bien poco. Creo haber sonreído a sus palabras hasta con el brillo de unas lágrimas indecisas, agradecerle con la voz quebrada, estrecharle la mano sintiendo una hermandad antigua. Qué alegría de encuentro. Sentí tener cómplices insospechados en cualquier resquicio del continente. Súbita la voz del viento trajo a mi: «Ya debemos estar llegando a ese pueblo, Ignacio. Tú, que llevas las orejas de fuera, fíjate a ver si no oyes ladrar los perros».⁷

En medio del rapto intuí el proyecto bolivariano devenir indefectible. Si bien, moldearlo, demanda la simiente de nuestros ríos

⁷ Juan Rulfo, «No oyes ladrar los perros», *El llano en llamas*.

más profundos, aprehender al adversario, hacernos jaguares en la noche, cóndores en el Ande, colibríes en la selva. Incluso echarnos a la espalda a las hijas e hijos moribundos de esta tierra todo el trecho de ese instante que hoy separa la noche del amanecer.

El Centro de Estudios Histórico-Militares del Perú es una entidad adscrita al Ministerio de Defensa e Interior encargada de resguardar la memoria documental militar del Perú. En su favor puedo decir que me atendieron con extrema cortesía y diligencia. El ambiente para investigar es adecuado, el orden de los archivos minucioso; para aumentar mi zozobra, la *Crítica de las Providencias del Gobierno* tampoco estaba allí. Aproveché el tiempo para revisar los «Documentos Originales procedentes del Archivo General del Ministerio de Guerra», de los años 1824, 1825. Tomé algunas notas, conversé con la bibliotecaria acerca de mis inquietudes y ella pidió que la siguiera hasta el primer piso para presentarme algunos historiadores que trabajaban en sus proyectos de investigación. Mi primera pregunta a los investigadores la dirigí al conocer su opinión sobre las condiciones económicas, políticas y sociales del Perú en 1843, año de publicación de la *Crítica de las Providencias del Gobierno*. Tras escucharlos les solicité referencias bibliográficas para trabajar el periodo. Ustedes saben cómo son los historiadores cuando conocen un tema, se emocionan como niños, narran las anécdotas como si con estas te compartieran la vacuna contra el cáncer, su pasión es contagiosa. Animado, aproveché para preguntarles cómo creían que había llegado Simón Rodríguez de Guayaquil a Lima a principios de 1825, si el puerto del Callao estaba tomado por los realistas. Los biógrafos especulan que Simón Rodríguez llegó por mar, pero esta afirmación no tiene asidero siquiera en testimonios. Si nos ate-

nemos a la carta de Simón Rodríguez escrita al Libertador desde Guayaquil el 7 de enero de 1825, uno se inclina a pensar que hizo el viaje por tierra, temeroso de perder sus baúles llenos de escritos si era capturado en alta mar por los realistas cuando estos supieran quién era. En los documentos militares del periodo no encontré nada. Nada en informes de operaciones, partes de tropas, pedidos de zapatos, uniformes, clavos, herraduras, caballos, municiones. En ninguno de los oficios dirigidos al general Simón Bolívar por sus oficiales encontré algo en relación al hecho o en lenguaje cifrado un apunte como: «llevamos el paquete», «el que quiere parecerse al viento se mueve como el cóndor», «las flores están en el agua o el río en camino», ¡qué sé yo!; una pista, una clave para descodificar el itinerario. Los historiadores del Centro se inclinaron por la tesis de un viaje por tierra o un posible desembarco en uno de los puertos al norte del Callao, posiblemente Paita. De allí a Lima por tierra. Sonaba verosímil. Ante mi pregunta por el destino de la *Crítica*... su respuesta fue una reiteración, la quema de libros hecha por el ejército chileno y su ocupación militar de Lima en la guerra del Pacífico, señalándome, cosa nueva, un posible responsable de que la *Crítica de las Providencias del Gobierno* no estuviera en el Perú; Benjamín Vicuña Mackena. Según su opinión este historiador chileno se había dedicado a comprar los documentos de la guerra de Independencia y las guerras de la Confederación al precio que fuera. ¡Pero mira qué casualidades!, fueron ellos, los historiadores del Centro de Estudios Histórico-Militares, quienes me recomendaron ir a la Sociedad de Fundadores de la Independencia, el sitio donde esta historia se une a mi deseo inicial: ir al pueblo de Amotape.

III

La Sociedad de Fundadores de la Independencia, creada para atender a los familiares de los próceres de la Independencia y de los llamados Fundadores de la Patria está en la avenida Arequipa. Si quieres pertenecer a esta institución muestras tus pruebas de linaje, pagas inscripción, te imponen una mensualidad y... ¡felicitaciones!, a disfrutar los beneficios de tu membresía. A mí no me interesaba ser socio ni podía serlo a menos que dedicara mi vida a probar mi linaje, como el Chulla Romero y Flores.⁸ No tenía estómago, ni tiempo para eso. Mi interés era encontrar por lo menos un opúsculo de la bendita *Crítica de las Providencias del Gobierno*. Una hoja suelta. Así que sin siquiera dar los buenos días pasé a la biblioteca donde una señora bellísima de trato me atendió. Le pregunté por la *Crítica*..., le expliqué los detalles, puso cara de interesada entornando sus ojos, revisó en el computador, hurgó en los ficheros, pero la *Crítica de las Providencias del Gobierno* tampoco estaba en la Sociedad de Fundadores de la Independencia.

Al verme afligido, la señora, a modo de consuelo, opinó que tal vez en la biblioteca personal de alguno de los socios de la institución podría encontrarse. Prometió que iba a preguntar. Me sugirió además, consultar en las colecciones privadas de los intelectuales peruanos. Preguntó si ya había visitado la biblioteca de la Pontificia

⁸ Personaje de la novela *El Chulla Romero y Flores*, del escritor ecuatoriano Jorge Icaza.

Universidad Católica del Perú. Yo pensé en pasar esa misma tarde por una iglesia a ponerle unas velas urgentemente a José Gregorio de la Rivera. Ella pareció darse cuenta que me había escapado mentalmente del lugar y repitió la pregunta. Respondí enfático que a la Pontificia Universidad Católica del Perú no había logrado entrar por no tener invitación, que era el modelo de universidad privatizada, excluyente, clasista por antonomasia. En un arrebato de dignidad juré que jamás entraría a ese lugar en mi vida, así me invitaran para otorgarme un doctorado *honoris causa*. Creo que conmoví a la noble señora porque los ojos se le aguaron. Me pidió permiso afablemente, giró sobre sus tacones y se fue a traer algunos libros que aparecían en las referencias. Entonces ocurrió el milagro. No, no era la *Crítica*... era un libro que se llamaba como muchos escritos sobre el filósofo nuestroamericano: *Maestro del Libertador*, de I. Vetancourt Aristeguieta.⁹ Yo, ignorante, no había visto ese libro en mi vida, ni sabía que existía, de manera que agradecí el favor y me senté a revisarlo.

¿Saben de qué trataba el libro? De la repatriación de los restos de Simón Rodríguez.

⁹ Ignacio Vetancourt Aristeguieta, *Maestro del Libertador*, impreso en los Talleres de la editorial general Mendiburu, Perú, (1968).

IV

Ignacio Vetancourt Aristeguieta había sido comisionado en 1920 por el entonces ministro de Relaciones Exteriores de Juan Vicente Gómez, Esteban Gil Borges, para repatriar los restos mortales del general José Trinidad Morán, así como los del maestro Simón Rodríguez.¹⁰ En el caso de José Trinidad Morán no hubo dificultad, en cambio, de un modo imprevisible, con Simón Rodríguez se presentaron todos los problemas en conjunto.

Una de las preocupaciones iniciales de Ignacio Vetancourt Aristeguieta fue desmentir que Simón Rodríguez hubiera muerto en Huaymas o Huaylas. Error que se venía arrastrando desde la primera nota biográfica, escrita por los mencionados hermanos Amunátegui, en 1854, en sus *Biografías de Americanos*, citando como fuente del dato, un «corto aviso» aparecido en el periódico *Heraldo de Lima*. Equívoco que Ventancourt Aristeguieta zanjó de manera definitiva solicitando a la parroquia de Amotape una copia del acta de defunción, que obtenida, hizo pública en el diario *El Comercio* de Lima el domingo 20 de junio, de 1920.¹¹

¹⁰ Ignacio Vetancourt Aristeguieta, *Maestro del Libertador*, impreso en los Talleres de la editorial general Mendiburu, Perú, (1968), pág. 36.

¹¹ Reproducida por «El Universal» de Caracas, número 4030, del viernes 6 de agosto de 1920. Ignacio Vetancourt Aristeguieta, *Maestro del Libertador*, impreso en los Talleres de la editorial general Mendiburu, Perú, (1968), p. 44.

Seguidamente escribió una carta de agradecimiento al sacerdote que autenticaba el Acta, requiriendo de este un favor adicional: la inscripción de la lápida con la indicación exacta del lugar del templo de Amotape donde se encontraba la sepultura del maestro del Libertador. La respuesta del cura Bruno Verdú, valga la mala comparación, no pudo ser más lapidaria.

Muy señor mío

En mi poder su estimada del 20 de junio y con los mejores deseos de servir y complacer a usted, me complazco en comunicarle que cuando se excavaron los muros del Templo de AMOTAPE se exhumaron varios cadáveres que estaban a la línea de las paredes y solo uno tenía su lápida con el nombre que fue del finado don Joaquín Helguero; los demás que no tenían datos se recogieron y se sepultaron en el antiguo cementerio.

Dejando con esto satisfecho su encargo, tengo el agrado de ofrecerme de usted afectísimo seguro servidor y capellán.¹²

Si prescindimos de eufemismos, la carta simple y llanamente afirma que, si existían, los restos mortales de Simón Rodríguez habían sido despachados a una fosa común. A pesar del gancho directo al mentón, para noquear a cualquiera, el cumanés Ignacio Vetancourt Aristeguieta, como buen fajador, asimiló el golpe. Orgullosamente paisano de glorias del boxeo nacional como Pedro Gómez, Antonio Gómez, Alfredo Marcano y Antonio Esparragoza, jamás pensó rendirse. Su responsabilidad estribaba en llevar los restos mortales de Simón Rodríguez junto a los del Libertador Simón Bolívar y una primera trompada no iba a noquearlo, ni hacer que de su esquina tiraran la toalla. Así que sin tardanza emprendió el viaje hacia Amotape donde permaneció tres días revisando tumbas sin lápida,

¹² *Ídem.* pp. 43-44.

sin cruces, sin epitafios, escuchando a los ancianos del pueblo decir que a Simón Rodríguez lo habían enterrado «aquí, allá y acullá», hasta que la falta de evidencia le susurró al oído una presunta verdad: los restos mortales del maestro del Libertador se habían hecho polvo en esta tierra de ancestros Tallanes, tal vez por destino. Con desgano dio por concluida la pesquisa. Envío los restos de José Trinidad Morán a Venezuela, pero no hizo una petición oficial al gobierno del Perú para repatriar los despojos de Simón Rodríguez, pues era imposible saber siquiera donde estaban y él, no tenía el descaro de llevarse unos huesos cualesquiera, como confiesa, le sugirieron algunos insidiosos personajes peruanos invocando la farsa de los huesos de Francisco Pizarro, a guisa de justificación.¹³ Sobre señalarlo, para Vetancourt Aristeguieta el asunto quedaba ultimado, eventos ulteriores marcarían el derrotero de su continuidad.

Por el travieso azar o las inextricables leyes, Fabio Lozano y Lozano —autor de la primera gran biografía escrita sobre Simón Rodríguez— era en 1924 el secretario personal de su papá, Fabio Lozano Torrijos —firmante del laudo Salomón-Lozano—, en ese entonces, ministro plenipotenciario de Colombia ante el Perú. Se aproximaba el centenario de la batalla de Ayacucho y Fabio, el biógrafo, en su esclarecido anhelo de contribuir a conmemorarla, propuso a Luis Ernesto Denegri, secretario personal del presidente de la república Augusto B. Leguía (1919-1930), elevar, en su majestad, los restos mortales del maestro del Libertador, elevándolos a la gloria del Panteón Nacional de los Próceres del Perú.¹⁴ Proposición

¹³ *Ídem*, pp. 46-47.

¹⁴ Fabio Lozano y Lozano, *El Maestro del Libertador*, París (1913), Editorial Ollendorf. Como nota marginal dejó constancia que esta es una de las biografías más importantes escritas sobre Simón Rodríguez, ref-

que demandaba trasladarlos a Lima desde el pueblo de Amotape, ubicado en la provincia de Piura, lugar donde suponía Lozano y Lozano reposaban los huesos del maestro, posiblemente, tras leer la publicación del acta de defunción ordenada por Vetancourt Aristeguieta.¹⁵

A Luis Ernesto Denegri le encantó la propuesta. La elevó al presidente Leguía y este, conforme, ordenó iniciar la búsqueda de la osamenta. Entonces, la Secretaria de Presidencia, por mano de Luis Ernesto Denegri, dirigió un comunicado al «Prefecto de Piura» ordenando enviar una comisión militar al pueblo de Amotape con la finalidad de exhumar el cadáver del maestro del Libertador y posteriormente, embarcarlo hacia Lima, rumbo a los actos conmemorativos del 9 de diciembre de 1924. Además de estos menesteres, la Secretaría extendió las invitaciones para el evento previendo entre los oradores de orden al propio presidente Augusto B. Leguía, así como al ministro plenipotenciario de Venezuela ante el Perú, posiblemente el general Eleazar López Contreras, quien encabezó la

erencia obligada de biografías posteriores que muchas veces simplemente reproducen los contenidos de esta. También apunto al margen, que Lozano y Lozano reproduce el error fundado por los Amunátegui, sobre el supuesto lugar de la muerte de Simón Rodríguez.

¹⁵ Este asunto de equivocarse en el lugar de la muerte de Simón Rodríguez es bien raro. En el periódico *El Comercio* de Lima se publicó una nota al respecto el 26 y 28 de febrero, y el 18 de marzo de 1854; de hecho, Ignacio Vetancourt cita estos artículos de periódico en su libro. Pero existe también una entrevista hecha a Camilo Gómez, publicada en el periódico «El Grito del Pueblo» de Guayaquil, en 1898, donde Camilo Gómez, testigo presencial de la muerte de Simón Rodríguez, confirma el lugar, Amotape, solo que ya viejo como estaba cuando lo entrevistan no recuerda el año bien y dice 1855, 1856. Por eso llama la atención el error en que incurre Fabio Lozano y Lozano en libro, *El Maestro del Libertador*, primera gran biografía que se convertiría en referente obligado para los estudios rodriguesianos posteriores.

delegación militar y diplomática enviada por Juan Vicente Gómez al Perú, con motivo de la conmemoración del centenario de la batalla de Ayacucho.

Dichoso se veía todo hasta días después cuando llegó la respuesta oficial del prefecto de Piura. Los restos mortales del maestro del Libertador no aparecían. Los militares comunicaban que tras excavar en el cementerio y el templo de Amotape había sido imposible dar con el cuerpo de Simón Rodríguez. Que nadie en el pueblo sabía dónde estaba enterrado el susodicho y la versión más repetida seguía siendo aquella que testimoniaba que los restos del maestro se habían ido entremezclados con otros a una fosa común. Justo lo que había dicho el cura Bruno Verdú cuatro años antes a Vetancourt Aristeguieta.

En medio de la selva burocrática, Luis Ernesto Denegri al leer la carta «se sintió perdido, creyó que ya nada podía salvarlo».¹⁶ Mas para su fortuna, mejor que caído del empíreo, entró esa mañana a su oficina el recién nombrado asistente de la presidencia, Roberto Mac Lean y Estenós e inmediatamente Denegri le puso al tanto del embrollo. No era para menos su ansiedad: las invitaciones hechas, los oradores con sus discursos escritos, el traje comprado, los periodistas indiscretos limándose las garras. Suspender el acto conmemorativo o fallar con los restos prometidos sería un escándalo.

Ocurrió entonces lo que tenía que ocurrir. Roberto Mac Lean y Estenós, acicateado por la estirpe de su abuelo —Santiago Estenós, secretario personal del Libertador en el Perú— no perdió el aplomo. Analizó la situación. Caminó de un lado a otro del salón y

¹⁶ Paráfrasis del cuento «El Eclipse», de Augusto Monterroso.

en un súbito arrebató de clarividencia, propuso a Luis Ernesto Denegri enviar a Piura un nuevo comunicado que simplemente reafirmara la petición. Era posible que la gente de Piura, arguyó Mac Lean y Estenós, no hubiera realizado su trabajo con minuciosidad, precisión, diligencia. Era imprescindible presionarles. El nuevo comunicado reenviado al prefecto de Piura desde la Secretaría de la Presidencia, sin rodeos, ordenaba lo siguiente: «en el próximo vapor de itinerario debe usted remitir los restos del maestro del Libertador que yacen enterrados en Amotape». Era como decirles: no les creemos nada, hagan su trabajo bien y punto.

A la mañana siguiente como por obra y gracia del Espíritu Santo, Luis Ernesto Denegri recibió un despacho telegráfico procedente de la prefectura de Piura remitido con carácter de urgente, que decía: «Próximo vapor de itinerario llevará al Callao los restos de Simón Rodríguez, Maestro del Libertador».¹⁷

Paralelamente, a unos mil kilómetros de Lima, Luis Carranza, director del periódico *El Tiempo* de Piura, el día 26 de noviembre, enterado del asunto, había enviado al pueblo de Amotape un equipo de periodistas cuyo trabajo consistía en registrar la exhumación de los restos mortales del maestro del Libertador. El equipo periodístico llegó cuando la tumba estaba abierta y los supuestos restos de Simón Rodríguez reunidos en una manta. Entonces, Carlos Chávez

¹⁷ Según la confesión que hará el propio Roberto Mac Lean Estenós aceptando la dudosa procedencia de los huesos a los que en 1924 se les rindió homenaje y fueron llevados al Panteón Nacional del Perú. En esta confesión, fechada el 13 de noviembre de 1954 acepta la veracidad del Informe del R. P. Domingo Angulo, publicado en *La Prensa*, Lima, 12 de abril de 1958, por Joaquín H. Ugarte y Ugarte. Citada también por Ignacio Vetancourt Aristeguieta en la obra citada, pp. 107-111.

Sánchez, uno de los periodistas, preguntó al subprefecto o subsecretario Guillermo M. Gamarra, ¿cómo habían hecho para saber que esa era la tumba, y esos los restos de Simón Rodríguez? Gamarra seguramente respiró profundo, carraspeó antes, después respondió campante: «Básico, por memoria oral». Que uno de los abuelos del pueblo, de nombre José del Carmen López, había afirmado que Simón Rodríguez, a quien mentaban «el colombiano», había sido enterrado junto al cadáver del sacerdote Santiago Sánchez, y que del lugar de la tumba donde estaba enterrado el cura había dado fe la señora María Avilés.

Por alguna ley universal aplicable en estos casos Chávez Sánchez no le creyó a Gamarra y se fue directo a preguntar él mismo a los abuelos señalados para confirmar la versión del subprefecto con sus propios oídos de periodista. ¡Vaya sorpresa! Encontró que ni María Avilés, ni José del Carmen López habían dicho lo que Gamarra estaba diciendo que habían testimoniado.

José del Carmen López le dijo a Chávez Sánchez que lo que él había dicho era que, según su suegro, el cura Santiago Sánchez, en casa de Sebastiana la camisera había muerto Simón Rodríguez, «el colombiano».

María Avilés, por su parte, dijo a Chávez Sánchez que lo que había dicho era que de niña recordaba haber visto enterrar a Santiago Sánchez debajo del umbral de la puerta izquierda de la iglesia, vestido con todas sus ropas de sacerdote, pero que ella no sabía nada de ningún colombiano.

Esto más o menos fue lo que los testigos referidos por Gamarra le dijeron a Chávez Sánchez. Los testimonios sobre la sepultura de

Santiago Sánchez eran múltiples. Encarnación Videla dijo que lo habían enterrado del lado izquierdo del altar mayor, Teresa Roscio que junto a la pileta de agua bendita. Otros, que si en el centro del templo en una bóveda, que fuera del templo en el cementerio con los Fernández. Pero de Simón Rodríguez —según los testimonios recogidos por Chávez Sánchez— se sabían muy pocas cosas: Juan Videla y Roscio dijo haberlo conocido, que le decían «el colombiano», que era alto y fornido. Remigio Clavijo que él sí creía que Simón Rodríguez estaba en el lugar de donde lo sacaron.

Los testimonios iban de un lado a otro, se empujaban, se metían zancadillas, se contradecían. Que alguien dijo, que no dijo, que otro dijo. Caso último el de Marcelino Saldarriaga, quien dijo que José Patrocinio Avilés había dicho, respecto de la versión de José del Carmen López (dada al subprefecto): «¡Miente! Que cholo tan mentiroso, a López lo llaman el cholo Facundo. No es así como él dice; ¿para qué miente? Ni yo estaba nacido en ese entonces. Mi padre me conversaba que había un colombiano enterrado allí en un subterráneo que había donde es el Altar Mayor».¹⁸

Recogidos los testimonios el equipo de periodistas fue a examinar la fosa de donde habían sacado los restos. En el lugar tomaron varias notas sobre las maderas de las urnas, la profundidad del hueco, no hallaron rastros de vestimentas de sacerdote, pero encontraron unos vellos púbicos negros que especularon no eran de ningún hombre viejo. A propósito de los descubrimientos, Chávez

¹⁸ Carlos Chávez Sánchez *El Tiempo* de Piura, en fecha 28 de noviembre de 1924, bajo el título: «Buscando los restos de Simón Rodríguez». *El Tiempo* de Lima, en fechas. 18 y 20 de enero de 1926. Citado por Vetancourt Aristeguieta. Obra citada, p. 70.

Sánchez se fue a buscar a la comisión de exhumación para hacerle algunas preguntas. Dice que los encontró festejando en el sitio que llaman «El Tamarindo» y literalmente se abalanzó sobre el subprefecto Guillermo M. Gamarra haciéndole ver a modo de pregunta que los testimonios recogidos eran contradictorios, que nadie sabía con certeza dónde estaban enterrados Simón Rodríguez, ni el cura Santiago Sánchez. Pero al decirle todo esto a Gamarra la respuesta que obtuvo, según nos cuenta, posiblemente emitida mientras encogía los hombros, fue: «A mí que me importa».¹⁹

Es de suponer que, recibida la comunicación de la Secretaría de la Presidencia por el prefecto de Piura, este sin titubear ordenara a Gamarra resolver de inmediato el asunto enviando los restos que le diera la gana. Al parecer, como declaró posteriormente Roberto Mac Lean y Estenós, la orden emitida por él y por Denegri fue interpretada, desgraciadamente, de ese modo.

En Amotape se firmó el acta de exhumación de Simón Rodríguez el 26 de noviembre de 1924 con las rúbricas de José del Carmen López, José Patrocinio Avilés, Remigio Clavijo, Gerónimo Videla y María Avilés; testigos orales del agravio, con la garantía oficial del subsecretario del intendente de Piura, Guillermo M. Gamarra, la complicidad del párroco del pueblo y del médico de la región. Tras esa sucesión de tropelías los restos del cadáver misterioso fueron

¹⁹ Carlos Chávez Sánchez publicó al respecto una primera crónica en *El Tiempo* de Piura, en fecha 28 de noviembre de 1924, bajo el título: «Buscando los restos de Simón Rodríguez». Luego, el prefecto de Piura, coronel Enrique Ruíz, le comunicó al director del periódico que no publicara más crónicas al respecto, y fue entonces que por intermedio de José Carlos Mariátegui, esta crónica y las siguientes se publicaron en *El Tiempo* de Lima, en fechas 18 y 20 de enero de 1926.

enviados desde Paíta hacia Lima en una embarcación de nombre «El Mantaro». Vino la ceremonia, los discursos, los aplausos, el patriotismo. Se llevaron esos restos mortales al Panteón Nacional de los Próceres del Perú y todo el mundo contento. Bueno, casi todo el mundo. No se puede tener contento a todo el mundo. Lo importante, como dirían Denegri y Mac Lean Estenós, era el homenaje.

Carlos Chávez Sánchez no pensaba igual. Sin aceptar el desafuero publicó la primera crónica de la aparatosa exhumación en *El Tiempo* de Piura el 27 de noviembre de 1924, bajo el título: «Buscando los restos de Simón Rodríguez»²⁰. Más rápido que inmediatamente llegó al periódico una comunicación del prefecto de Piura ordenando al director Luis Carranza detener la publicación de esas crónicas o atenerse a las consecuencias. No por miedo, sino precaución, responsablemente, Chávez Sánchez y Carranza decidieron entregar las notas de la investigación junto a los testimonios recavados, al Instituto Histórico Militar.²¹ La difusión de las crónicas siguientes de Chávez Sánchez sobre el asunto, seguramente por «razones de Estado», tendrían que esperar dos años: aparecieron publicadas los días 18 y 20 de enero de 1926 en el periódico *El Tiempo* de Lima, gracias a la mediación de José Carlos Mariategui. El Instituto Histórico Militar, por su parte, designó al reverendo padre Domingo Angulo para continuar con las investigaciones del caso. Un trabajo acucioso permitió al sacerdote entregar su informe de investigación al instituto casi un año después, el día 30 de octu-

²⁰ Agradezco a Manuela Mejía Pulache en *El Tiempo* de Piura, por la copia del original proporcionada.

²¹ Como dato insignificante, sin ánimo enigmático, he de reseñar que ese año de 1924 las lluvias se precipitaron sobre el valle de Amotape hasta dejarlo bajo las aguas, el año de 1925. Nota del autor.

bre de 1925. En dicho informe argüía que, dados los testimonios obtenidos de manera sospechosa, el conocimiento del desaguizado perpetrado en la Secretaría de la Presidencia por Luis Ernesto Denegri y Roberto Mac Lean y Estenós, sumados a la hermenéutica del lenguaje de la Iglesia de la época según el cual, afirmar en el acta de defunción que Simón Rodríguez había sido enterrado en la iglesia, no significaba necesariamente enterrado en el templo sino en el pueblo, podía inferirse, sin ambages: «que los restos mortales llevados al Panteón Nacional de los Próceres del Perú, no son los de Simón Rodríguez».²²

El informe entregado por el reverendo al Instituto Histórico Militar, como era previsible, no provocó cisma alguno. Pasó a engrosar lujosamente el gran cúmulo de papeles de una institución como esta, donde los valientes documentos se resisten a morir olvidados, devorados por la polilla o asesinados lentamente por la humedad. Es posible no fuese este el tiempo del informe ni de su incidencia. Todo tiene su tiempo. Especialmente, en estos casos, si hace falta tiempo para tapar a tiempo un desafuero.

Trece años después en el diario *La Prensa* de Lima, un 8 de febrero de 1938, el secretario del Instituto Sanmartiano del Perú, José M. Valejón, declaró que desde esa entidad, dirigida entonces por Luis Alayza y Paz Soldán, se había sugerido al Ministerio de Justicia comprobar «la autenticidad de algunos de los restos mortales de los próceres depositados en la Cripta de San Carlos». «Los verdaderos restos de Simón Rodríguez, y los de la Torre Ugarte, no están en San Carlos. Creo, y conmigo muchos historiadores peruanos, que

²² Roberto Mc Lean Estenós, en 1954, en una entrevista, aceptó el Informe de Domingo Angulo.

cuando se realizó la exhumación de dichos despojos no se procedió prolijamente para dejar a salvo la autenticidad indiscutida e indiscutible de estos». Los motivos de este escarceo iniciado seguramente de buena fe por tan prestigiosa institución los desconozco, pero supongo que en medio de circunstancias políticas tan especiales como las presentes durante el segundo gobierno del general Oscar R. Benavides; sin poder legislativo, con una pertinaz persecución política de los militantes apristas, urristas y comunistas, demandas de esta naturaleza pecarían de veleidades cosméticas, por tanto, la declaración no tuvo incidencia; ninguna institución asumió responsabilidades. Nada importante de resaltar ocurrió hasta quince años después, cuando el 23 de julio de 1953, «la Cámara del Senado de la República de Venezuela, a propuesta del Senador por el estado Sucre, Jesús Antonio Cova, acordó honrar los restos mortales de Simón Rodríguez, en la gloria del Panteón Nacional».²³ Ahí sí «se subió la gata a la batea». Jesús Antonio Cova, además de Senador por el estado Sucre, era funcionario del Ministerio de Relaciones Interiores con el cargo de Presidente de la Junta Protectora del Patrimonio de la Nación. La propuesta, además del aval legislativo, contaba con el sello de la dictadura. Ergo, mediante el decreto presidencial de 11 de febrero de 1954, Marcos Pérez Jiménez ordenó llevar al Panteón Nacional los restos mortales de Simón Rodríguez creando para dicho propósito una comisión responsable de la repatriación²⁴. El 8 de febrero de 1954, Manuel Arturo Odría

²³ *Centenario de la muerte de Simón Rodríguez 1854-1954*, Ediciones del Ministerio de Educación, Caracas, 1955, p. 15.

²⁴ Esta comisión fue integrada por: José Loreto Arismendi, Ministro de Educación, Tito Gutiérrez Alfaro, embajador de Venezuela en el Perú, Carlos Felice Cardot, Rafael Arroyo Parejo, coronel Hugo Fuentes, coronel Jesús María Castro León, teniente coronel Jesús Manuel Pérez

Amoretti, dictador presidente del Perú, firmó el Decreto Supremo N° 1 para autorizar, fuesen exhumados con honores y entregados al Gobierno de Venezuela los restos mortales de Simón Rodríguez que reposaban en el Panteón Nacional de los Próceres del Perú, desde 1924. Marcos Pérez Jiménez, conmovido, envió a su homólogo una sentida carta de agradecimiento por la deferencia recibida. Así, se consumó esta repatriación.²⁵

Los detalles del farragoso acto patriótico binacional fueron registrados ampulosamente por la prensa peruana y venezolana. Los restos mortales que reposaban en el Panteón de los Próceres del Perú salieron del puerto del Callao el 18 de febrero rumbo al puerto de La Guaira a donde llegaron once días después, el 27 de febrero de 1954, un día antes de la conmemoración de los cien años de la trascendencia de nuestro Simón Rodríguez advenida en el pueblo de Amotape.

Como también al mejor cazador se le va la liebre, incluso nuestro gran intelectual Mariano Picón Salas celebró el hecho: «En un barco de guerra peruano, envuelto en las dos banderas de Venezuela y del Perú que le dieron cuna y sepultura, regresan en estos días a su Caracas natal los restos de don Simón Rodríguez... Ahora sus huesos andariegos tornan a Caracas, a encontrarse en el Panteón Nacional con los de su gran discípulo caminador y Libertador».²⁶

Morales, capitán de fragata Eduardo Morales Luengo, mayor Carlos Camacho Paz. *Centenario de la muerte de Simón Rodríguez 1854-1954*. Ediciones del Ministerio de Educación, Caracas, 1955, p. 19, 20.

²⁵ Esta carta aparece citada en el libro de Vetancourt Aristeguieta.

²⁶ Mariano Picón Salas, «Cenizas de Simón Rodríguez», *El Nacional*, Caracas, 24 de febrero de 1954. Compilado en: *Suma de Venezuela*, de Mariano Picón Salas, Caracas (2012), Fundación Editorial El Perro y la Rana, p. 215.

El único que al parecer no celebró fue Ignacio Vetancourt Aristeguieta. Ante la inminencia del desastre escribió a Marcos Pérez Jiménez una carta desde Lima el 8 de febrero de 1954. En la misiva al dictador presidente, citando documentos, incluyendo anexos de prensa y toda una serie de evidencias, Vetancourt Aristeguieta evidenciaba una certeza suficientemente conocida por la mayoría de los historiadores peruanos: que los restos depositados en el Panteón de los Próceres del Perú, no eran los de Simón Rodríguez. Marcos Pérez Jiménez no respondió la carta. Vetancourt Aristeguieta acusa, en el libro de marras, a Marcos Pérez Jiménez, de haber repatriado esos restos espurios porque se le dio la gana, no por ingenuidad, ni por ignorancia. Su ministro de Relaciones Interiores era Laureanito (Laureano Vallenilla Planchart), quien de seguro conocía la polémica de labios de su erudito padre Laureano Vallenilla Lanz. O de la discusión ventilada en París hacia 1938, a propósito de un artículo escrito por el propio Ignacio Vetancourt Aristeguieta en la llamada ciudad luz. El equipo de Pérez Jiménez contaba con la preparación intelectual y la sagacidad suficientes para informar al dictador sobre el carácter apócrifo de los restos que pensaba repatriar, incluso es posible lo hayan hecho. De ser así, dicha advertencia, sumada a la de Vetancourt Aristeguieta, deja espacio a una conjetura capaz de desentrañar los motivos encubiertos del general para llevar a efecto una felonía de semejante magnitud.

El tema, faltaba más, no pasó inadvertido en los confines del sur. El 20 de marzo de 1954, el escritor peruano Luis Alberto Sánchez publicó en la revista chilena «Zig-Zag», en el número 255, un artículo titulado: «El muerto no es el muerto», poniendo en evidencia la farsa, burlándose de la parafernalia de los gobiernos, las trampas de la historia y las mentiras oficiales. Cuatro años después, el 12 de

abril de 1958, Joaquín H. Ugarte y Ugarte publicó en *La Prensa* de Lima, el informe del reverendo padre Domingo Angulo entregado al Instituto Histórico Militar, donde se incluye la confesión de Roberto Mac Lean y Estenós, de 13 de noviembre de 1954, aceptando haber dirigido con Luis Ernesto Denegri la petición arbitraria de los restos de Simón Rodríguez a la prefectura de Piura, en 1924.

En nuestro país el primero en declarar que los restos repatriados eran falsos fue el entonces director del Museo Bolivariano, Rafael Ramón Castellanos, nuestro conocido escritor, investigador y pulpero del libro. El 13 de septiembre de 1959, filtrada por la indiscreción de un periodista, apareció en el diario «Panorama» de Maracaibo una declaración titulada: «No son de Simón Rodríguez los restos traídos de Lima». Primicia que le costó —según me confesó en una entrevista— el cargo oficial de Director del Museo, más el repudio cáustico de la Academia Nacional de la Historia cuyos miembros, en ese tiempo aún con la foto de Francisco Franco coronando la sala principal, le solicitaron se retractara de sus declaraciones y rebelara la fuente, so pena de perder la membresía de número a la cual estaba postulado por la institución. Con el agregado de, ante su renuencia, haber sido el propio Jesús Antonio Cova quien molesto y sarcástico expresara a los demás miembros de la Academia Nacional de la Historia reunidos para la interpelación: «entonces habrá que echarle encima a Pedrito». Amenaza extraña, pues Pedro Estrada, jefe de la Seguridad Nacional, para ese entonces, supuestamente, había escapado del país.

Las declaraciones de Rafael Ramón Castellanos las reprodujo en Lima el diario *El Comercio* y Luis Alayza y Paz Soldán se solidarizó

con estas en una entrevista concedida a *La Crónica* de Lima el 14 de septiembre de 1959.²⁷ Ese mismo 14 de septiembre el Centro de Estudios Histórico Militares (el sitio donde empezó mi historia con este escándalo) en la voz de su General Presidente, Felipe de la Barra, respondió en una carta publicada en *El Comercio*, que los restos de Simón Rodríguez llevados a Caracas eran auténticos, aduciendo que, ni el informe elevado por Domingo Angulo, ni las declaraciones de Roberto MacLean y Estenós constituían pruebas de lo contrario. Afirmando haber llevado estudios rigurosos al respecto y etcétera.

Carlos Chávez Sánchez en una carta dirigida al director de *El Comercio*, fechada el 17 de septiembre del mismo año, acusó a Felipe de la Barra de mentir. *El Pregón* de Caracas anunció que la Academia Nacional de la Historia estudiaría el caso de la suplantación de los restos, ese mismo 17 de septiembre. El día anterior, *El Nacional* de Caracas tituló racistamente: «Indio peruano ocupa sitio de Simón Rodríguez en el Panteón Nacional». El 28 de septiembre de 1959, Vetancourt Aristeguieta, miembro del Centro de Estudios Histórico-Militares, solicitó al presidente de la Institución, Felipe de la Barra, le facilitara las supuestas pruebas del oficio 248 reproducido en los diarios venezolanos como prueba irrefutable de la originalidad de los restos del maestro del Libertador. El 30 de septiembre Felipe de la Barra respondió a Vetancourt Aristigueta con el oficio 697, titulado: «Son auténticos los restos y cierro la discusión».²⁸ En lenguaje criollo: «Cojo tierrita y no juego más». Nuevamente advirtió

²⁷ Luis Alayza y Paz Soldán, abogado e historiador peruano, bisnieto de Hipólito Unanue, médico y ministro de Gobierno y de Relaciones Exteriores del Libertador, Simón Bolívar.

²⁸ I. Vetancourt Aristeguieta, obra citada, pags. 121-123.

en este oficio, Felipe de la Barra, que el estudio del Reverendo Padre Domingo Angulo no había sido tomado en consideración por el Instituto Histórico Militar, dando por sentada la veracidad del acta de exhumación. Recomendando de paso a Vetancourt Aristeguieta mesura, pues después de treinta años querer retroceder el asunto, implicaba aceptar que el gobierno peruano se había prestado a una farsa y seguirle el juego a periodistas inescrupulosos, en busca de armarle noticias sensacionalistas al «vulgo». El caso, según Felipe de la Barra, quedaba cerrado y sanseacabó. Después de esto vendrían uno, otro, otro y más artículos sobre el mismo tema hasta casi los años setenta o por lo menos hasta allá les sigue el rastro Vetancourt Aristeguieta en su libro *Maestro del Libertador*²⁹. Tampoco en tiempos

²⁹ *Ultima Hora*, Lima, 21 de septiembre de 1959, entrevista a Joaquín Ugarte. El 14 de octubre de 1959, *El Universal*, de Caracas reproduce un artículo fechado en Lima, donde Agustín Torres intenta demostrar que los restos llevados a Venezuela son auténticos. El 28 del mismo mes, en el mismo periódico, ese artículo recibe respuesta por parte de Rafael Ramón Castellanos. El 8 de marzo de 1960, en Caracas, *La Estera*, publica un artículo que titula «Una Burla a la historia», «Apócrifos restos de Simón Rodríguez que están en el Panteón». El 16 de febrero de 1967 *La Prensa*, de Lima, titula: «A indígena peruano por error estarían honrando en Venezuela». El 18 de febrero de 1967, *El Comercio* de Lima, publica que en Venezuela están sorprendidos por las declaraciones de que los restos de Simón Rodríguez siguen en Amotape. El presidente de la Academia Nacional de la Historia, Ramón Díaz Sánchez, ha dicho que se abrirá una investigación. Esta sorpresa debió darse por las declaraciones emitidas en periódicos peruanos por el cura párroco de Amotape Juan de Ancajima. El 18 de febrero de 1967 *La Prensa*, de Lima, publica las declaraciones del general Felipe de la Barra, quien reitera su posición de que los restos llevados a Caracas son originales. El 19 de febrero de 1967 en *El Comercio*, de Lima, Vetancourt Aristeguieta publica la carta recibida de Bruno Verdú para desmentir que los restos se encuentren en la iglesia de Amotape. El 24 de febrero de 1967 *El Correo* de Lima, titula «Polémica Histórica». El

de Rómulo Betancourt, Raúl Leoni, Rafael Caldera, ni en ningún gobierno de la cuarta república hubo interés por revertir el entuerto. A todos, incluida la intelectualidad de la época encabezada por Arturo Usler Pietri, el fatal suceso les valió su acomodaticia indiferencia, con la magra excepción de Adriano González León quien, tal vez por pura tremenda, en su novela *País Portátil*, en la voz de uno de sus personajes expresa: que los huesos traídos al país como los de Simón Rodríguez en realidad pertenecían a los de una llama. Mordaz licencia ficcional. En la zona peruana de la exhumación, no hay llamas.

En medio de tanto hueso suelto a nadie se le ocurrió investigar qué pensaba Simón Rodríguez de los panteones. Mucho menos traer a discusión las inquietantes ideas presentes en su obra filosófica: economía social, educación popular, colonización del país con los propios habitantes, destinación a ejercicios útiles, aspiración fundada a la propiedad mediante el trabajo, crítica a la libertad individual y gobierno topárquico, es decir, asentado en las costumbres territoriales. Claramente, ninguna de sus ideas revolucionarias, acorde con la «democracia representativa» de la época.

mismo «Correo», de Lima, publica un artículo de Máximo Mogollón titulado: «¿Pertenece o no al prócer Simón Rodríguez? Esqueleto arma polémica».

V

La brújula apuntaba hacia Amotape. Imaginé el viaje mientras caminaba por la avenida Arequipa hasta Miraflores hablando solo, ante la mirada curiosa de los transeúntes que probablemente presumieran mi locura. Pasaría por Paita, visitaría la casa de Manuela Sáenz, iría a Amotape, Cabo Blanco, Guayaquil. En esta ciudad a orillas del río Guayas escribiría su última carta conocida un 26 de noviembre de 1853, casualmente, dirigida al general José Trinidad Morán de quien se despide de este modo:

Adiós amigo!

Deseo a usted como para mí salud para que no sienta que vive distracción para que no piense en lo qué es y muerte repentina para que no tenga el dolor de despedirse de lo que ama, y de sí mismo para siempre.³⁰

Reconstruiría la ruta que, junto a Camilo Gómez y José Rodríguez (Cocho), siguiera Simón Rodríguez náufrago desde Guayaquil hasta Cabo Blanco y de allí a San Nicolás de Amotape a sus ochenta y cinco años de edad. Momentáneamente había renunciado a encontrar la *Crítica de las Providencias del Gobierno*. La encontraría posteriormente en la Biblioteca Aurelio Espinoza Polit, en Quito, como se encuentran esas cosas que uno busca tanto, sin buscarlas más.

³⁰

Simón Rodríguez, *Cartas*, Caracas (2001), Universidad Nacional Experimental «Simón Rodríguez».

En Miraflores me hospedaba una amiga llamada Cintia Cárdenas. Ella, conocedora del territorio, aconsejaba irme por tierra. Prefería el avión, quería llegar lo antes posible. No obstante, antes de salir de Lima, para no dejar cabos sueltos, sentía la obligación de verificar las referencias hemerográficas que da Vetancourt Aristeguieta en su libro. Estuve en la Biblioteca Nacional del Perú toda la mañana del día siguiente cotejando referencias, fotografiando artículos, hasta constatar que estaban bien, perfectas, ni una mentira. Satisfecho, busqué la maleta en el apartamento y a eso de las cuatro de la tarde abordé un avión directo a Piura. Llegué a la ciudad cayendo la tarde. Estaba naranja el cielo, caluroso el clima a pesar de la brisa. Salí del aeropuerto Guillermo Concha y tomé un taxi directo a la terminal de autobuses. Quería llegar a Paita esa misma noche, pese a saber que no había luna llena.

La luna llena de Paita es famosa. La primera vez que leí sobre ella fue en *El Libertador de la Palabra*, un maravilloso trabajo, escrito por el poeta boliviano Marcelo Arduz e inspirado en nuestro Simón Rodríguez. Arduz escribe:

...pese a lo acontecido, durante largo tiempo la sociedad chuquisaqueña continuaría comentando, intrigada sobre el paso fugaz de aquel cometa, ignorando tal vez que se trataba de uno de los pensadores más profundos y originales de toda América. Y cuando se interrogaban sobre dónde estaría el loco Rodríguez, en ton de sorna se murmuraba: está en la luna de Paita, quedando acuñada esta frase como sinónimo de locura o de vivir en la luna.³¹

A Simón Rodríguez en Chuquisaca no lo quiso nadie excepto Manuela Gómez, una hermosa mujer quechua que se convirtió en

³¹ Marcelo Arduz, *El Libertador de la Palabra*, La Paz (1995), Ediciones Emaus, p. 9.

su esposa para escándalo de esa hipócrita sociedad conservadora y monacal de entonces. Le tildaron de loco, hereje, pervertido, cualesquier infamia e incivilidad fue útil para evitar a los chuquisaqueños de las clases privilegiadas, la complicación de andar pensando aquello que Simón Rodríguez escribió e intentó realizar con su Escuela de Economía Social y Educación Popular siendo el primer ministro de Educación de Bolivia. Es hermoso el título que Marcelo Arduz le otorga, el Libertador de la Palabra, emparejándolo con el de su amigo el Libertador de América. Discurría esto en tránsito hacia mi destino viendo desde la ventana correr los cujies, perseguidos por las sombras de la noche devorando lentamente sus siluetas. Entre las imágenes quedé dormido. Al llegar a Paíta e intentar despertarme sentí no poder hacerlo por completo, un hormigueo gelatinoso me invadía la sangre. Primero despertó un brazo, luego una pierna, me ardían los ojos, un zumbido disonante aturdí mi cerebro, estaba entredormido, todo era amarillo, polvoriento; la tierra, las luces, el aire. Un mototaxi cargó conmigo desde la terminal hasta un hotel en la calle del malecón, frente al mar. Era una casa antigua con enormes ventanas de madera, gruesos muros de tapia, techo alto de bahareque. Guardé el equipaje. Salí a caminar por la orilla del mar. Un juego de fútbol en la playa me entretuvo con las figuras humanas corriendo de un lado a otro mientras escuchaba el oleaje. Pasé frente a una discoteca donde sonaba cumbia chicha, pensé en entrar a bailar un poco y para brindar en memoria de Julio Ramón Ribeyro, pedirme un pisco con Cinzano. Súbitamente sentí sombrío el aire, denso, parecía rondar la muerte. Cené albacora. Dormí arrullado por la mar, el temblor de las ventanas, el canturreo desesperado de las palmeras abatidas por el viento.

Anoche un muchacho fue acuchillado en la discoteca. Me enteré mientras caminaba hacia la casa de Manuela Sáez. Iba recordando la muerte de la generala por difteria en la epidemia asoladora ocurrida en este pueblo hacia 1856. Figuré su cuerpo sin vida apilado indistinto junto a otros sobre una carreta desvencijada, arrastrada hacia una fosa común improvisada en un cerro ubicado frente al puerto: «la Insepulta de Paita». La casa era pequeña, el techo de calamina, un solo piso, ubicada en la calle que es entrada y salida del pueblo. La fachada lucía una placa conmemorativa donada por el Gobierno de la República Bolivariana de Venezuela, más un pequeño busto de Manuela, cortesía de la Municipalidad Provincial de Paita. Placa y busto brindaban una exigua dignidad a la humilde vivienda donde extrañamente, no hay museo, ni nada. Embebido tomando fotos estaba cuando unos vecinos desde la plaza me gritaron: «¡muchacho, tenga cuidado que le pueden robar esa cámaral» Sonreí, agradecí la advertencia y empecé a conversar con ellos. Expresé que me llamaba la atención la casa porque según el *Diario de Paita* Manuela desde esta veía la mar recostada en su hamaca. Los vecinos dijeron: «que pasaba que Manuela Sáenz había vivido en Paita en muchas casas». Yo andaba pensando más en Simón Rodríguez que en Manuela, pero cómo dejar de impresionarme por los testimonios del lugar en que vivió sus últimos años la combatiente de Junín, la Generala de Ayacucho, la enemiga feroz de Santander, la política revolucionaria a quien Vicente Rocafuerte negó su entrada al Ecuador temiendo fuera a armarle una revolución con la gente del periódico *El Quiteño Libre*. La misma mujer a quien el presidente ecuatoriano Juan José Flores pedía consejos políticos en cartas. Ella, desnuda en su belleza, exultante, húmeda, haciendo el amor frenética con el Libertador Simón Bolívar, acrobática-

cos, gimiendo entrelazados en los furtivos remansos de la guerra. No sé en qué libro leí unas palabras de Manuela Sáenz donde apunta que Simón Rodríguez la visitó yendo rumbo de Amotape. Quizá estaba en mi imaginación pensar que el maestro había estado más de una vez en ese pueblo.

Los amigos de la plaza previendo, según ellos, un asalto, llamaron a un policía de turismo que guiaría mi visita a Paita. La propuesta me hizo ruido pero acepté, era su amabilidad, cómo despreciarla. El recorrido, en moto, incluyó la parte alta del pueblo, ideal para tomar fotos panorámicas del puerto colmado de coloridas embarcaciones, visita a una iglesia similar a la catedral de Barquisimeto tipo nave espacial, un museo de artistas en cuyos lienzos la luna llena de Paita era protagonista, con un final de película gastronómica comiendo ceviche en el muelle.

Saboreando el pescado fresco con deleite me sumergí en la contemplación del mar rememorando el relato del naufragio. Decidí conversar con los pescadores. Se supone que Simón Rodríguez, su hijo Cocho y Camilo Gómez, salieron de Guayaquil en una balsa de sechuras. Me preguntaron si era una balsa de los indígenas sechuras o de la población de Sechura. No sabía. Les expliqué, según el relato, naufragaron casi mes y medio hasta llegar a una caleta de pescadores llamada Cabo Blanco arrastrados por la corriente, ya sin agua, ni víveres.³² Los pescadores confirmaron la posibilidad del naufragio manifestando que en esta zona son cotidianos. «Incluso hoy día —dijeron— que contamos con sofisticados aparatos de navegación, hay pescadores que salen de Paita, los agarra una co-

³² «Dos retratos del natural», entrevista a Camilo Gómez, *El Grito del Pueblo*, Guayaquil, 4 de agosto de 1898.

riente y los encuentran después de días de naufragio en territorio ecuatoriano». Con tan maravillosa información, alegremente anduve la orilla de la playa viendo a los pescadores desenredando redes, calafeteando embarcaciones, levando anclas, compartiendo cuentos marinos. Como en un sueño, el influjo de las voces me arrastró nuevamente al relato del naufragio.

Don Simón Rodríguez se encontraba grave. José se trasladó a una chata y sin decirnos nada nos dejó allí abandonados. Saltamos a tierra sin recursos; todo el equipaje de don Simón se reducía a dos cajones de libros y manuscritos. Tres semanas permanecemos en la choza de unos indios pescadores, los que al fin nos dijeron que no podían continuar manteniéndonos y que don Simón tenía una enfermedad que podía contagiarlos. Logré convencerlos de que era un hombre importante aquel viejo enfermo y que podría reportarles alguna utilidad, si me acompañaban hasta algún pueblo cercano. Accedieron y me llevaron a Amotape cerca de Paita.³³

Sentado en el asiento delantero de un vehículo colectivo iba finalmente camino de Amotape por la Panamericana Norte. Una canción de Corazón Serrano, «Tu ausencia», sonaba en la radio. El chofer era un hombre flaco, huesudo, cobrizo, que me miraba de reojo mientras yo, no paraba de disparar mi cámara fotografiando detalladamente cujíes, Algarrobos, chivos, burritos: un paisaje semejante al de la geografía caroreña y paraguanera.

El conductor redujo la velocidad y desvió hacia la izquierda abandonando la autopista. El cruce lo indicaba un solitario muro blanco donde podía leerse:

³³

Ídem.

BIENVENIDOS A LA
MANCOMUNIDAD
SIMÓN RODRÍGUEZ
VICHAYAL, AMOTAPE,
TAMARINDO, COLÁN,
EL ARENAL Y LA HUACA.

UNIDOS, SEMBRANDO... PARA COSECHAR PROGRESO

Sonreí. Cada vez estaba más cerca de este pueblo cuyo nombre en lengua yunga significa «nido, nudo». Etimología ideal para gravitar semiológicamente mi preocupación metafísica.

La carretera por la que rodábamos no tenía asfalto, era terrosa, polvorienta. Yo seguía tomando fotos, sintiendo la mirada del conductor cada vez más receloso con mi presencia. Como una alucinación desértica apareció El Tablazo, un caserío lleno de árboles de tamarindo, lo atravesamos sin detenernos. Una recta, el inicio de un descenso y, justo en una curva, por fin, vislumbré Amotape, allende la depresión de un río, rodeado de cerros bajos, áridos, amarillos.

Cruzamos el pueblo de Arenales. Siguió una recta bordeada de algarrobos. Arribamos a un puente. El auto redujo la velocidad. Leí incrédulo: «Puente Simón Rodríguez». Estimulado por el nombre empecé a contarle al chofer lo que me había traído hasta este pueblo, pero el tipo no contestó. Se quedó viéndome desde las cuencas profundas que sostenían sus ojos, desconfiado, extrañado, examinándome. Al pasar el puente giramos a la derecha, luego a la izquierda. Nuevamente el desconcierto se apoderó de mí al leer el nombre del liceo que está entrando al pueblo: «Institución Educativa Simón Rodríguez».

—¿Dónde se va a quedar?

—En la plaza, amigo, en el parque principal, no sé cómo se dice aquí.

No hubo respuesta. En una plaza encementada, de escasos árboles, frente a la iglesia, el chofer detuvo el auto. Descendí intrigado por la relación de los nombres con la vida cotidiana de este pueblo, el chofer abrió la cajuela, saqué mi maleta y aún cavilando pregunté:

—¿Señor... disculpe... un hotel por acá?

—Aquí no hay hotel.

—Ah... bueno... qué más... gracias, amigo. Alguien me dará posada, ¿no?

Su semblante displicente hizo que le adivinara el pensamiento, la misma respuesta de Gamarra a Chávez Sánchez pensé: «A mí que me importa». En medio de una ráfaga de viento el automóvil desapareció. Frente al desamparo sentí mis ojos fijarse sobre un pedestal coronado por un busto de Simón Rodríguez. La presencia del maestro en este pueblo parecía abrumar todos los espacios. Toqué en una de las casas. Una mujer abrió la puerta con cierta desconfianza y empecé a contarle el motivo de mi visita expresando la necesidad de un lugar donde pasar la noche. La señora al verme desesperado comenzó a rascarse pensativa la cabeza buscando que repentinamente le brotara alguna idea por fricción capilar. Yo estaba a la espera de sus palabras, cuando un grito inesperado hizo que girara el rostro. El conductor del taxi volvía a aparecer, intrigado avancé lentamente hasta la ventanilla del vehículo.

—Señor, aquí no hay hotel, en Arenales sí. Allá está la casa del profesor Tito.

—¿Ese es el pueblo que dejamos atrás?

—Ese.

—¡Buenísimo!, me queda cerca.

—Puede venir caminando.

Abordé el vehículo tras despedirme de la señora que intentó ayudarme y ahora, complacida, veía cómo era rescatado prodigiosamente por el piloto de la nave que me había traído al lugar. La desconfianza hace que uno a veces se equivoque con las personas. El conductor de ahí en adelante bien buena gente conmigo. Escuchó atento mi relato, no me cobró de más, como si el recorrido por el pueblo lo hubiese transformado en otro hombre...

VI

La casa del profesor Tito era grande y estaba llena de plantas, cactus, flores. La habitación que me asignaron era cómoda, limpia, fresca, estupenda para pernoctar sin preocupaciones. Antes de salir hacia el pueblo pregunté al profesor y su esposa sobre el asunto de Simón Rodríguez. Entrevistar a la señora Toñita fue su consejo. Hacía calor y no corría la más mínima brisa. La quietud colmada del ambiente. Unas vacas apostadas en el camino comían pasto seco. Olía a bosta y tamarindo. La carretera estaba sola. Llegué al puente Simón Rodríguez y empecé a cruzarlo absorto en el cauce del río Chira, remembrando, otra vez, el relato de Camilo Gómez.

Me dirigí a casa del cura y le impuse lo que pasaba. Después de algunas dificultades me proporcionó dos caballos y diez pesos. Regresé con los indios a Cabo Blanco. Hice montar a don Simón Rodríguez y lo conduje a Amotape. Al llegar a la entrada del pueblo vi con gran sorpresa presentarse algunos hombres, que nos salieron al encuentro y nos detuvieron diciéndonos que tenían orden del cura para llevarnos a su quinta que estaba cerca. Tomamos ese camino y llegamos a la casa de la quinta en la que no había más que una habitación, con una silla vieja y en el rincón un poyo de barro en el que acosté a don Simón. El cura no volvió a acordarse de nosotros y nos faltaba todo.³⁴

³⁴

Tomado de: «Dos retratos del natural», «El Grito del Pueblo», 4 de agosto de 1898.

Es posible que hayan llegado por la vega de este río en los caballos desde Cabo Blanco. Qué difícil debió ser todo esto. Por las cartas escritas desde Trilaleubu y Monte Blanco sabemos que Simón Rodríguez venía sufriendo del estómago desde hacía muchos años. ¿Vendría encima del caballo, tendido sobre este como un fardo, amarrado al animal para no caerse? ¿Cómo? Cabo Blanco está a casi cien kilómetros de aquí, el maestro venía muy enfermo, tenía ochenta y cinco años, debió parecerle un viaje interminable en el trance de una agonía dolorosa. En eso andaba mi pensamiento cuando en la mitad del puente tropecé con la señal de un accidente que dejó un muerto en este lugar. Una capilla pequeña con su cruz, una «animita» de carretera, una inscripción que vendría a sumar otro asombro: «ENRIQUE SIMÓN RODRÍGUEZ ROJAS, FALLECIDO, 21-9 DE 2010». Definitivamente, este lugar se empeña en jugar con mi cordura.

Al final del puente estaba seguro de encontrarme a los hombres, esperándome para conducirme a la quinta de un solo cuarto por orden del cura del pueblo, repitiendo la escena ocurrida aquí ciento cincuenta y nueve años atrás. En vez de ese encuentro imaginario apareció un letrero exhibiendo envanecido una terrible paradoja: «AMOTAPE. PRONTO LIBRE DE ANALFABETISMO», escrito en el muro de la Institución Educativa Simón Rodríguez. Sitio donde me detuve a pensar en asesinatos espirituales distrayéndome en fotografiar una imagen del Maestro, idéntica a la del busto de la Plaza Mayor de Amotape. Un Simón Rodríguez catire de ojos azules, con barba larga y pelo largo. Extraño pensé: ¿será que el que vino a este pueblo era otro?

Las calles de Amotape a esa hora estaban solas. Un denso silencio hacía que escuchara mis pisadas, mi respiración entrecortada en el sopor del mediodía. Las casas eran de barro tapiado, bahareque o adobe, con pequeñas puertas y ventanas de madera. Sentía que ojos ubicuos me observaban. Vi un perro, otro, ningún gato. Los pueblos donde no hay gatos me generan desconfianza. Caminé una cuadra entera sin ver un alma. Llegué a la esquina. Me asomé a una casa cuyo largo zaguán conducía a un patio florecido donde una anciana gorda, morena, arrellanada en su mecedora, se encontraba tejiendo. Saludé.

—¡Buenas! ¡Señora buenas tardes! Busco a la señora Toñita.

—¡Señorita Toñita! —corrigió con firmeza. Y gritó a un niño como de once años que apareció de repente al lado mío:

—¡Mira, lleva al señor a la casa de la profesora Toñita, cerca de tu padrino Simón!

Ofrecí mi agradecimiento a la amable mujer antes de seguir al niño, que caminaba rápido con pasos cortos.

Vengo a investigar sobre Simón Rodríguez —le dije a modo de confesión para inspirarle confianza. ¿Sabes quién es?

—Sí. El maestro del Libertador Simón Bolívar. Él vivió aquí. Tuvo una escuela y enseñaba. Mi padrino sabe bastante sobre él. También la profesora Toñita sabe mucho.

—¿Y cómo se llama tu padrino?

—Simón Rodríguez.

—¿También?

—Sí. Él es el hermano de la profesora. Ya llegamos, es aquí.

Luego de llamar a la profesora Toñita el niño desapareció dejándome en la puerta de esa casa antigua de altas paredes apostada en la calle Junín. Entonces, en medio de mi encantamiento, vi venir hacia mí a una mujer delgada, despeinada, flaca, cuando contemplaba un desvaído retrato familiar colgado en la pared mas larga de la enorme sala. La mujer advenida se llamaba María. La hermana menor de la profesora Toñita. Yo expliqué a María mi necesidad de entrevistarme con su hermana. Ella regresó hacia el fondo de la casa, hasta detrás de una cortina rosada que dividía la sala de una habitación, donde adiviné estaba Toñita. Desde allí vino hasta mí el sonido de su voz estertórea, afónica, secreteándole a María, que no podía atenderme en esas condiciones, pidiéndole el favor de llevarme mejor donde su hermano. Creo haberme paralizado de entusiasmo. Hablar con Simón Rodríguez llegando al pueblo de Amotape era lo mejor que podía sucederme. Sin pensarlo seguí a María Rodríguez por las calles de Amotape. Quería decirle que se llamaba igualito a una cantora nuestra. Cantarle un pedazo de «Los dos gigantes». Pero detuve mi intención, María era demasiado silenciosa, además, en vez de caminar volaba.

Al llegar a la casa de Simón Rodríguez, que está frente al busto de Simón Rodríguez que decora la Plaza Mayor, María Rodríguez abrió la puerta metiendo la mano por la ventana y me hizo pasar. Me senté en una silla de mimbre y empecé a mirar las paredes, a rodear todo con la vista, hasta detenerme en la foto de un muchacho joven que supe de inmediato quién era: Enrique Simón Rodríguez, la animita del puente. Simón Rodríguez el homónimo salió a mi en-

cuentro caminando lentamente. Vestía una franela de rayas blancas con celeste. Percibí que se estaba quedando ciego. Le saludé emocionado, no pregunté por la foto, le conté quien era, a qué venía y si podía grabarlo.³⁵ Respondió que sí. Comenzó narrando que hacía un tiempo había venido por Amotape una comisión de Venezuela que fue hasta la iglesia para ver los restos. Que él les regaló una copia del acta de exhumación que recomendó cotejar con la original que supuestamente se encontraba en la Gobernación de Piura.³⁶ Su nombre, cómo no preguntárselo, se lo puso su papá, Santos Rodríguez, en honor del maestro.

Simón Rodríguez el homónimo recuerda que los maestros en la escuela de Talara —un pueblo cerca de allí— le decían, «llevas el nombre de un gran profesor». Él vivió parte de su infancia en ese pueblo petrolero con su papá, pero luego se regresaron para Amotape, porque Santos Rodríguez era amotapeño.

—¿Sabe usted cómo llegó Simón Rodríguez a Amotape, señor Simón?

—Por aquel entonces había una señora que se llamaba Panchita Larrea. Y por intermedio de ella lo hicieron traer acá, pero ya estaba enfermo. En esos años, según se dice, era a lomo de bestia el traslado, ahora ya no, porque contamos con autos y helicópteros. Ahí dicen que ya vino para acá, y se instaló acá hasta que se murió.

³⁵ Todas las entrevistas y testimonios han sido transcritas respetando el registro oral del territorio. Estas fueron grabadas por el autor de esta crónica, entre los días 14 y 15 de abril del año de 2013.

³⁶ En el Registro del Archivo Regional de Piura no existen archivos de exhumaciones ni defunciones, desde 1917 hasta 1929. Ahora sé que la que debí buscar fue la de 1994-1995. Fue un error que, con mi nivel de detalle y memoria, no puedo atribuir más que a la magia.

—A mí me contó un muchacho en el muelle de Paita que un amotapeño estuvo escribiendo un libro sobre las memorias del pueblo y sobre Simón Rodríguez, ¿usted sabe de ese libro?

—Ese era Arturo Payete Saldarriaga. Él estaba haciendo un libro, pero la muerte lo sorprendió y no lo terminó. Se han hecho indagaciones ahí, donde podía estar al menos el borrador, pero no se ha conseguido nada.

—¿Y la familia de Arturo no sabe nada del libro?

—Él no tenía hijos, tenía hermanas, pero en otros lugares.

—¿Y qué sabe usted de eso que se cuenta, que los restos de Simón Rodríguez todavía están aquí?

—Es que el año de 1994 se refaccionó el templo. Ahí se le cambió el piso, se le hizo de nuevo el enserche, las vigas. Se le hicieron retoques y se le cambiaron algunas vigas de por ahí, que estaban malogradas, porque tiene bastante esa madera de algarrobo, que antiguamente, eso es como fierro esos algarrobos de antes. Y el enserche del templo todito ese sí lo cambiaron y le pusieron calamina.

»Cuando comenzaron a sacar las maderas y al encontrar esos restos, según he escuchado yo, la verdad es que yo no estuve presente, cuando encontraron estos restos que están ahí, pero según la persona, inclusive, que él era el alcalde, él me dijo que sí. Me dice Simón esos son los restos, ahí está inclusive con su corbatita. Pero esa es una corbatita que le han hecho acá en la fotografía que está en el Consejo, una corbatita aquí —señala su cuello—. Pero no sé pues si en esos años le harían también para sepultar una corbatita igual. Me dice, pero esos son, me dice, los restos. Y según he escu-

chado también el señor Domingo Pardo, él también dice que para él, dice que son los restos.

—¿Y cómo se llama ese alcalde?

—Alejandro Castro. Él estuvo cuando refaccionaron el templo. Él más bien le puede dar datos que él presenció.

En las reparaciones del templo de San Nicolás de Amotape en ese año de 1994 a Simón Rodríguez, el homónimo, le tocó llevar junto con su hermana Toñita, me contó, alrededor de veinte sacos de huesos. Los llevaron en una carreta halada por un burro hasta el cementerio nuevo. Allí abrieron una fosa grande, vaciaron los sacos y les pusieron una cruz con la inscripción: «Ánimas del Templo de San Nicolás». Hasta allá me llevó al día siguiente Simón Rodríguez acompañado de su sobrino nieto quien le ayuda como guía en su ceguera. En el cementerio nuevo está la fosa común, identificada tal como Simón Rodríguez me había contado. Pero esta no es la fosa común referida por el cura Bruno Verdú a Ignacio Vetancourt Aristeguieta, esa es de principios de siglo y está en el cementerio viejo que está de camino, antes de llegar aquí, al cementerio nuevo. El cementerio más antiguo de todos era la propia iglesia, el propio templo.

Me despedí de Simón Rodríguez agradecido y emocionado. Otra vez caminé las calles desoladas pisándome la sombra, sintiendo ojos huidizos asomarse desde las pequeñas ventanas de madera. Empecé a sentir sed. Llegué a una bodega pequeña de piso de tierra. Pedí un atún de lata, unas galletas de sal y una cerveza a la señora que atendía. Entonces ella sin más viene y me dice:

—¡Mire muchacho!, ¿y usted por qué anda por ahí asustando al pueblo?

—¿Tan feo ando? —La señora sonrió.

—Es que con esa ropa y esos pelos largos, uno no sabe de dónde viene, ni nada.

—Pues déjeme decirle, mi señora, que a mí también ustedes los del pueblo me tienen asustado, asomándose desde las ventanas y luego escondiéndose. He pensado, ¿será que ahora sí me tocó, que hasta aquí tan lejos vine yo a morir? —Y la señora con más ganas se echó a reír.

Aproveché su buen humor para echar mi cuento completo y ella feliz no hallaba a quién recomendarme que entrevistara. Tomé dos cervezas para el calor, me despedí amigablemente y salí a entrevistar al alcalde Alejandro Castro, quien como sabemos, ejercía el cargo municipal cuando el desentierro de 1994. Sin embargo, yendo camino de su casa por un callejón angosto escuché gritos detrás mío, alguien llamándome.

—¡Eehhh!

Al voltear vi un hombre que venía hacia mí corriendo. Se me acercó y dijo:

—Pata, mucho gusto, José Benítez.

—Coromoto Montilla.

—Me dicen que usted anda buscando saber sobre Simón Rodríguez.

—Sí, ¿por qué?, ¿tú sabes algo?

—Sí. Hace tiempo llegó un brujo, dicen que de Huancabamba, y le dijo a mi suegro «Señor, esa piedra que usted tiene en la casa, atrás en su corral, que ni las máquinas han podido sacar, ahí abajo están los restos de Simón, y ahí está el oro. Pero para sacarlo tenemos que combatir esa bestia que lo cuida», le dijo a mi suegro, Vilo Seminario, pero como estaba borracho se lo tomó a broma.

»Supuestamente con los meses llegó otro señor. Vino así, llegó, le golpeó en su casa, otro señor, otro brujo, un tal Sebastián. Le golpeó la casa a mi suegro y le dijo «¿Sabe qué? Aquí en tu casa está el oro. Aquí en esa piedra que tienes en tu casa está el oro, está el oro, está el oro. Pero para eso tenemos que sacar la bestia». Y él nos dijo a nosotros «dame dos mil soles y yo te saco el oro porque ahí está Simón, ahí está Simón, está Simón Rodríguez, ahí está —dijo. Aquí, tanto aquí, como allá en el Colegio (señaló con el brazo hacia la Institución Educativa) aquí y allá». Y así fue. Pero de ahí para acá jamás.

—¿Y qué dijo tu suegro, que estaba loco?

—Mi suegro dijo «Están locos. Están locos los dos». Los patas nunca más vinieron. Pero son dos que le dijeron a él que aquí estaba.

Yo me reí y le dije:

—Pero a lo mejor lo que querían era que les pagaran, robarlos, esa es la vaina.

—Esa es la vaina —me respondió. Tú sabes cómo es la vida, cómo será que somos unos mentirosos.

—Igual es raro.

—Esta es mi casa, aquí atrás hay una piedrota grandaza, que dicen que con el tiempo el Consejo no la pudieron mover ni las máquinas, y ahí está la piedra. Tengo animales ahí, y los animales que dejo se me desaparecen. Se me desaparecen los animales.

—¿Por aquí hay espíritus?

—Sí, eso le digo, yo no soy de por acá, soy de Máncora. Yo estoy casado aquí, pero dicen que todo esto ha sido barranco, cerro, barranco, y yo escucho de personas por allá que dicen que por aquí Simón Rodríguez rondaba por aquí todo esto. Este era su sitio que él venía a descansar por acá. Dicen que se sentaba en una piedra y ahí estaba, pensando lo que tenía que hacer.

—¿Era brujo Simón Rodríguez?

—Sí, era como brujo. Todo este sitio se sentaba, dicen.

José Benítez me contó que mucha gente ya no cree en los espíritus porque dicen que eran cosas de antes, después me siguió hablando de la piedra grande que se come los animales y yo le pregunté que por qué no intentaba cavarle por debajo. Me dijo que cuando intentaba cavar el piso se ponía duro y que si le echaba agua en la base de la piedra, esta se podía comer camiones enteros. Luego me invitó a pasar a la casa, vi la piedra en el patio, parecía un coral gigante, llena de huecos. José cree que la piedra está viva. Le teme. Teme que así como se le ha comido animales se le coma a sus hijos que están pequeños. No sé porqué pero le recomendé que hablara con la piedra. Sí, que conversara con ella mostrándole respeto, pero no miedo, nunca miedo. Que en vez de temerle le pidiera que protegiera a sus hijos o de lo contrario tendría que matarla, si seguía temiéndole, tendría que matarla.

José se quedó pensando en mis palabras y acto seguido me convidó a una casa que estaba cerca de la suya, donde según le han contado muchos, dormía Simón Rodríguez con su amante.

—Es una casita viejísima que se va a caer ya. Si tiene el gusto vamos a dar una vuelta a la casita.

Caminamos en dirección al cementerio viejo cuando ya empezaba a oscurecerse todo. La casa estaba justo detrás de la suya, sobre muchas piedras de laja, recostada al principio de una pendiente que poco a poco hacia arriba se convertía en cerro. Al llegar dijo:

—Tiene el algarrobo en frente de su casa de la amante.

—¡Ay chamo, esa casa se va a caer!

—Ya tiene años y nadie descansa ahí ya. Adentro hay mucho misterio, pero nadie puede entrar ahí. Permanece cerrada esa casita. Dicen que ahí descansaba, y por ahí se iba (me señaló el camino que subía hacia los cerros). Caminaba esos cerros y se iba. Caminaba toda la cordillera hasta salir al mar, y en el mar, ahí es donde yo le digo que todo descargaba. Una vez se le prendió la cocinita. De la nada se prendió, y ahí está, nadie se la ha tocado.

Seguidamente me contó que los «cachacos» (los militares) una vez se llevaron un ataúd para el colegio y dejaron otro ataúd en la iglesia.

—Lo trajeron a la iglesia, dicen que ahí hay un subterráneo debajo. Pero nadie entra ahí, porque dicen que una chica una vez entró y se volvió loca. Porque dicen que tocó los huesos de Simón Rodríguez y se volvió loca. Se volvió loca dicen, porque tocó los huesos de Simón. Dicen que estaba estudiando historia, que entró,

bajó, que nadie entra ahí, pero que la chica dicen se escapó, se metió y vio los huesos, dicen que los tocó y se volvió loca. Y hasta ahorita, dicen que por ratos se vuelve loca, dice que Simón le aparece, que Simón, que Simón.

—¿Y ella vive?

—La chica vive.

Junto a la casa que José decía ser la casa de Simón Rodríguez yo también tuve miedo. Me llamó la atención que esta casa sí está a las afueras del pueblo, tal como narra Camilo Gómez. No es raro que en un lugar con tanto cementerio te cuenten historias como estas. Había venido a escuchar la memoria oral de Amotape y esta era sin duda una de sus voces más fantásticas, con un Simón Rodríguez brujo, mago, volador sobre el mar. Maestro inimaginado aun para los escritores más febriles.

Seguí camino hacia la casa del alcalde repasando el sabor a tierra que me dejó el testimonio de José Benítez. Pensé a la piedra siendo uno de los hombres de Contiti Viracocha, esos que al canto del sikuri despertarán un día, debiendo entremedio alimentarse. Frente a la casa del alcalde hay un almendro. Toqué la puerta suavemente con los nudillos, me abrieron de inmediato, ya me conocían. El otrora alcalde estaba al parecer poniéndose elegante para la entrevista y salió a recibirme recién bañado, mimado por su esposa, que le seguía encimada acomodándole el cuello de una camisa beige, manga corta. Nos presentamos:

—Coromoto Montilla.

—Alejandro Castro.

—Mucho gusto, señor Alejandro, había venido en la tarde luego de hablar con Simón Rodríguez, que me lo recomendó.

—Usted, me dicen que viene de Venezuela.

—Así es.

—Bienvenido.

—Muchas gracias.

—Han venido ya varias comisiones de allá.

—Sí. Usted aparece en un documental que hizo un amigo mío, Juan Antonio Calzadilla.

—Sí señor.

—¿Usted era el alcalde en el año de 1994 cuando se hicieron las reparaciones en la iglesia y encontraron, supuestamente, el verdadero Simón Rodríguez? ¿Cuénteme cómo fue?

—Pues mire. Vino el representante del consul de Venezuela y el presidente regional, en ese tiempo el general retirado Siles Gariboto. Vinieron acá, constataron, entonces, que es lo que dictaminaron. Yo decía que eran los restos de Simón Rodríguez, por su vestimenta, idéntico a Simón Rodríguez. Vestía su corbata «miche», su terno y todo, ¡que todavía se le veía el terno!, pero ya con tocarlo se hacía nada.

—¿El terno es un traje?

—Sí, un traje, conforme aparece en las fotos Simón Rodríguez, no sé si tendrá alguna usted.

—Sí.

—Ya... Entonces... ¡Él todo el tiempo ha vestido con corbata michel! ¡Idéntico estaba, idéntico! Entonces, el presidente regional, ¿sabe qué me dice? «La comisión ha venido justamente, porque van a traer a una comisión de antropólogos». Entonces a los tres días vino y me dice «Mire, acá viene la antropóloga que ha descubierto o ha detectado, no sé cómo me dijo, en esa época los restos de los que fueron muertos en La Cantuta. Y ella tiene como trayectoria un currículo muy bueno». Pero me dice «Mire, mi querido alcalde, para mí es lo que usted dice. Los restos de Simón Rodríguez son los que usted dice. Yo los cogí y los puse a un lado, con una finalidad de hacer una cripta. Mire, hacer una cripta con los restos de Simón Rodríguez, que ahorita, no sé cómo estarán, y han de estar, justamente, abandonados, porque ni se acuerdan de Simón Rodríguez acá. Ni se acuerdan que esos restos que en esa época se sacaron». Y le digo mire, mi intención es reconstruir la iglesia, y hacer una cripta donde poner los restos. Y me dice «Pero esto va a traer un, si es posible, un pleito entre naciones: Venezuela con el Perú. Porque nosotros hemos mandado, como que si fueran los restos de Simón Rodríguez, y allá en Venezuela veneran esos restos, los veneran, ¿y nosotros vamos a salir que los restos están acá todavía?» Con tal que vino la antropóloga, sacó todo para hacer el análisis y dijo «Señor, acá, dentro de una semana estoy dando el informe». Pero el presidente regional como le digo, el general Siles Gariboto, me dice «Para mí, la contestación que va a decir la antropóloga va a ser favorable a nosotros, y va a decir que no son los restos». ¡Y efectivamente! A la semana elevó el informe, en el cual decía que los restos no pertenecían a Simón Rodríguez, sino pertenecían a una dama de aquella época. ¡Y ahí murió todo! ¡Lo que me había dicho el general! Me dice «qué es lo que le dije yo, no le

conviene al Perú. No le conviene al Perú bajo ningún punto de vista decir que en aquella época, los restos que se llevaron no son los de Simón Rodríguez. ¡Y qué son!».

—Señor Alejandro, y ¿cómo estaban tan seguros de que esos eran los restos?

—Por el acta que se encuentra ahí, por las medidas que tomamos con güincha, después con un ingeniero, en la partida de defunción que dice que Simón Rodríguez fue enterrado en un cajón de madera de algarrobo. Y justamente ahí estaba el cajón de madera de algarrobo, con una estaca del mismo material señalándola, y así estaba señalada, ahí, a una profundidad de un metro, ahí estaba señalado el ataúd. Entonces, ese era Simón Rodríguez. Pero hoy en día, si usted mañana va y lo visita, no sé cómo estará. Estará más olvidado que nunca, y justamente ya no lo va a encontrar como nosotros lo vimos, cuando lo encontramos. Porque cuando viene la antropóloga, sacó del maxilar un montón de huesos y los llevó, para estudiarlos dijo. ¡Le malogró su corbata miche, le malogró!

Me despedí del antiguo alcalde. Él vive justo frente al obelisco levantado en honor de Simón Rodríguez, al lado de la iglesia, frente a la Plaza Mayor donde está el busto en cuya inscripción se lee:

EL MAESTRO
SIMÓN RODRÍGUEZ
MENTOR DEL LIBERTADOR
SIMÓN BOLÍVAR
RINDIÓ SU ÚTIL EXISTENCIA
EN ESTA VILLA DE AMOTAPE

Estaba oscuro. Las luces de la plaza y de la calle estaban encendidas pero igual estaba oscuro, el clima cálido, corría una brisa

fresca, leve, esparciendo el dulce olor de los floripondios. Me senté en la acera a golpear con una piedra un almendrón para sacarle el coquito mientras pensaba en el acta de defunción con todas esas características de las que me había hablado Alejandro. La que conozco es otra, la que publicó Vetancourt Aristeguieta. La misma de la que al día siguiente, Mercedes Mejía Manrique me entregaría una copia en el Consejo Municipal y luego, Nadia Yarima Correa Gutiérrez, una copia del original que se conserva en el Arzobispado de Piura. Estaba buenísimo lo de la corbata «miche», el traje de terno. Según el relato de Camilo Gómez el cónsul de Colombia en Paita, un tal Emilio Escobar costeó el entierro y el cura le proporcionó a Simón Rodríguez «un traje de paño», posiblemente el terno que dice el señor alcalde Camilo, también cuenta que el cura «... ordenó que se colocara el cadáver en un nicho que existía en el cementerio».³⁷ Tomé una moto hasta la posada. Antes de dormirme estuve leyendo un libro sobre la historia de Amotape, escrito por Luis Reymundo Dioses Guzmán, más unas páginas de *El asilo de Dios*, de Julián Márquez. Al día siguiente muy temprano salí para el Consejo Municipal. Quería encontrar, además de una copia del acta de defunción, una del acta de exhumación. Lo primero se pudo, lo segundo no. Según Domingo Pardo me diría esa tarde, los empleados que están trabajando son nuevos y no conocen bien los archivos. Lo que sí pasó es que me enviaron con Orlando, uno de los empleados de la Alcaldía, a la iglesia de San Nicolás, a ver los restos.

³⁷

Tomado de «Dos retratos del natural», «El Grito del Pueblo», 4 de agosto de 1898.

En el interior del templo entendí más cosas. Orlando me señaló el lugar de donde habían desenterrado el cadáver en 1994. Estaba, según me relató, tal como lo había descrito Arturo Payete. El señor que me contó Simón Rodríguez el homónimo estaba recogiendo la memoria del pueblo sobre el maestro y de repente lo asaltó la muerte.

Según Orlando, Payete decía siempre, porque se lo habían contado, que Simón Rodríguez estaba enterrado a doce pasos de la puerta lateral. Yo los conté y sí, justo doce pasos. Orlando estuvo presente en el desenterramiento de 1994 y me dijo que ahí, donde me señaló, «había una cripta de ladrillo, antigua, enterrada, con dos ángeles a cada lado, y que Simón Rodríguez estaba en medio». El asunto es que el templo anterior no tenía las torres, y los cadáveres, todos esos que me contó Simón Rodríguez llevó en la carreta hasta la fosa común, todos esos huesos, según Orlando, se encontraron después de la tercera columna, desde la que arrancaba el templo antiguo. Según él, la capilla vieja que no tenía las torres se quemó en 1869 o 1870, —«una semana santa que dejaron velas encendidas y el carrizo agarró fuego»—. El templo actual se empezó a construir el 4 de julio de 1870, y hacia 1932 ya tenía las dos torres que no estaban cuando la exhumación de 1924, pero sí la armazón. Es probable que los militares contaran mal los doce pasos, porque los contaron desde la fachada nueva.

Caminamos despacio hasta el sitio de donde Gamarra sacó los despojos. Está como a treinta pasos de la exhumación de 1994. Allí, en una placa blanca conmemorativa del desenterramiento, se lee:

AQUÍ YACIERON LOS RESTOS DE

SIMÓN RODRÍGUEZ,

DESDE EL 1 DE MARZO DE 1854

HASTA EL 26 DE NOVIEMBRE DE 1924.

Avanzamos seguidamente hacia el lugar donde están los restos que sacó Alejandro Castro en 1994, al fondo de la iglesia, a un cuarto lleno de muchas cosas: cruces, bancos rotos, floreros, atriles, y una desvencijada carroza sobre la que descansaba un rustico cajón de madera.

Orlando se adelantó y corrió con su mano la delgada tapa del cajón. Presentí qué había en él. Avancé lentamente con la respiración entrecortada, angustiada, me asomé con temor y finalmente, vi los huesos. Quedé sin aliento, paralizado, sentí ganas de llorar. Solo pude decir, con voz temblorosa, triste:

—¿Como está, no?

Mi cabeza gravitó desconcertada. Mis ojos giraron vertiginosamente por el cuarto lleno de trebejos. Miraba el esqueleto y no podía creerlo. Después de recorrer el continente imaginando al maestro en cada pueblo, buscar sus escritos como un loco, leerlo por ocho años, lo tenía enfrente. No sé por qué pero supe que era él. No tuve duda a pesar de ver los huesos en desorden, pero el cráneo, el cráneo, tenía la misma forma del cráneo del retrato encontrado en la iglesia de San Felipe, en Latacunga, propiedad del señor José María Batallas y del que Camilo Gómez dijo emocionado: «solo le falta hablar». Y mi voz precipitada por la impotencia y la ira dejó escapar: «¡Coño e la madre vale, Chávez debió venir aquí! Debió venir a este pueblo».

Tomé varias fotos a la osamenta, muchas al cráneo, grabé todo con la cámara y salí enteramente perturbado. Ya en la calle pregunté a Orlando.

—¿Tú qué piensas Orlando? —Y él me dijo:

—El que se llevaron fue un personaje como nosotros, y el que se quedó fue el original.

Caminamos hacia la casa en que se comenta vivió Simón Rodríguez. El sol estaba alto. Fuimos conversando con Orlando sobre la importancia que tiene que alguien recuerde, otro escuche y también cuente, porque así se conserva la memoria, aunque Simón Rodríguez no estuviese tan de acuerdo en confiarle a la memoria ciertas cosas. Según historiógrafos, biógrafos e interpretes, Simón Rodríguez vino a este pueblo solo una vez, a morir. El pueblo entero afirma que vivió aquí, dio clases, tenía una escuela.

La casa que está en la calle Junín con Jirón Arenal, número 202, es la que aparece en todas las notas biográficas, referencias de internet y demás, como la casa donde murió Simón Rodríguez. Una vieja construcción de bahareque techada con paja, de muros blancos heridos de profundas grietas que amenazan derrumbarla. Estaba cerrada con un candado. Según Orlando, el dueño podría estar en casa de sus sobrinos. Hacia allá enrumbamos nuestros pasos. Efectivamente, estaba allí. Orlando nos presentó. Al extenderle mi mano observé sus ojos nublados de cataratas. También Pablo Canales Aparicio se está quedando ciego. Empezamos a conversar. Dijo tener setenta y seis años, la casa pertenecía a sus abuelos, Flora Arismendi Espinosa y José Aparicio Chorres.

—¿Era de sus abuelos entonces la casa?

—Sí, ellos la compraron en escombros. Trabajaban en la petrolera, y a medida que iban ganando sueldo, ellos compraban un palo, otro, y fueron construyéndola.

—¿Sabían que en esa casa había vivido Simón Rodríguez?

—No. El señor, el finado Rodríguez vino, en calidad de, así como ha venido usted acá. Vinieron a ver si había una posada y ahí pues, dice que se vinieron a la posada, él solo no más. Y ahí, como ya vino acá una señora que su casa está ahora en Paita, que es, ¿cómo se llamaba esta señora?

—Manuela Sáenz.

—Ella. La casa de ella también está arruinada en Paita. Ahí se acompañaron ellos los dos, pero la señora se fue a Paita, y el señor, ya como la señora se había ido se fue a buscarla a ella. Después cuando vino ya... pero él no murió ahí, ¡no! Ahí sí no sé yo dónde moriría, pero que totalmente los restos del finado están en la iglesia. Una vez vinieron a llevarse los restos pa' allá de dónde usted dice, Venezuela, y se llevaron otros restos, los regresaron y dijeron que no era él. Yo le estoy diciendo porque así me lo explicaba mi finada abuela.

—Señor Pablo, me dijeron que el Consejo de Cultura le quería comprar la casa.

—Sí, pero yo no quiero que me la compren, yo lo que quiero es que me hagan mi casa, que me arreglen al menos la sala y el corral, y que me den algo para sostenerme.

Le pregunté si podíamos ir a ver la casa, amablemente aceptó.

Pablo Canales Aparicio camina a pasos cortos, como saltando, como pateando piedrecitas, como un duende. Iba bien elegante él, con su camisa blanca manga larga por dentro de su pantalón beige, su correa. Por la calle lo conocían mucho y le gritaban «¡Epa, Pablo!, ¡Pablito!». Unos señores nos detuvieron y me dijeron que qué bueno que venía por acá, que ellos pensaban que Venezuela no se acordaba de Amotape.

Las calles de Amotape parecen siempre estar solas. El cielo estaba despejado, azul, sin nubes. En alguna parte mugía una vaca. Pablo me confesaba de camino que no tenía ni con qué comprar medicinas. Llegamos a la casa, abrió la puerta, entré, miré las paredes agrietadas, el techo roto a punto de caerse, un catre metálico ruinoso con dos sabanas revueltas, los tablones del piso levantados, un crucifijo haciendo equilibrio sobre un mueble.

Pablo me mostró el corral, la parte de atrás de la casa que se quemó. Allí los murciélagos tienen un nido. La verdad es que toda la casa se está cayendo. Por eso es que Pablo ya no permanece en ella. Ha tenido que pedir posada a sus sobrinos porque siente miedo que el techo o una pared le caiga encima mientras duerme. Es triste esta realidad. Uno no entiende cómo una casa con tanta importancia histórica y valor espiritual pueda encontrarse en este abandono. Además, si uno pregunta a la gente del pueblo qué les gustaría hacer con la casa, todos desean en esta un museo, una escuela donde se enseñe quién era Simón Rodríguez y cuáles sus ideas para la sociedad. A Pablo le gusta la idea del museo también. De hecho se ofrece como vigilante. Dice que él puede trabajar, el problema es que por aquí, hay muy poco trabajo.

Pablo Canales Aparicio dijo que en esta casa no había muerto Simón Rodríguez. Puede ser. El relato de Camilo Gómez habla de una casa de un solo cuarto y esta tiene dos. Además, Camilo deja entrever que la casa donde murió Simón Rodríguez estaba en las afueras del pueblo y esta no lo está. De hecho está a una cuadra de la Plaza de mayor y de la iglesia, muy central. Tal vez aquí vivió o fue velado, a menos que queramos pensar que todo el pueblo ignore la verdad o mienta. También es probable que Camilo Gómez a quien *El Grito del Pueblo* entrevistara estando muy viejo no recordara bien lo ocurrido, como no pudo recordar con precisión el año de la muerte del maestro. Todo es posible, inclusive una mala transcripción de la entrevista, «Dos Retratos del natural». Después de lo leído, visto, oído hasta acá, puedo llegar a la conclusión de que cualquier conjetura es susceptible de verificación, cuando se investiga historia.

Tomé fotos de las escrituras de la casa, bebimos una cerveza frente a la ventana de una bodega y me despedí finalmente del señor Pablo Canales Aparicio dejándolo un poco triste, asido a sus recuerdos, con su rostro lleno de arrugas profundas semejantes a surcos de arado, la faz tostada de un agricultor hijo de esta tierra árida, calurosa, difícil de hacer germinar. En tanto caminaba hacia la Unidad Educativa Simón Rodríguez repasé la primera estrofa del himno de Amotape:

Amotape glorioso ilumina
un camino de fe y esperanza
como pueblo que siempre que avanza
deja huella dentro de la historia.
Herederos del Curaca Amotaxe
y discípulos de Simón Rodríguez
nuestra gente benévola y valiente
se enaltece con trabajo y con honor.

En los símbolos del escudo del distrito también aparece homenajeado Simón Rodríguez siendo parte de este con el puente que lleva su nombre y el obelisco erigido en su memoria. Quien ganó el concurso del diseño del escudo lo hizo con el seudónimo de Samuel Robinson. Cándido, pensando en la imaginaria conmoción originada a partir de este escrito, pensé si tal vez la Misión Milagro pudiera venir hasta Amotape, a operar a Pablo Canales, a Simón Rodríguez, a toda persona necesitada de este auxilio. Aquí el sol es fuerte y las alucinaciones muchas. Siguiendo con las sorpresas inagotables descubrí que en la biblioteca de la unidad educativa Simón Rodríguez no existía un solo libro de su obra, ni sobre él. El director, quien me recibió amable, confirmó esta contradicción. Con amor e interés, no obstante, refirió alegremente la estancia de Simón Rodríguez en Amotape, su relación con Manuela Sáenz, la escuela regentada por el maestro en este valle.

Al salir de la Unidad Educativa «Simón Rodríguez» me sentía apesadumbrado, desequilibrado, molesto. Tenía hambre. Arrastré mis pasos hasta un restaurante llamado «El Cacique», atendido por su propietaria, la señora Carmen Rojas, jueza de Amotape. A ella expuse mis inquietudes y desasosiego. Me dijo: «aquí han venido muchas comisiones de Venezuela, casi una por año, a dejar un ramo de flores frente al busto de Simón Rodríguez, pero no traen nunca nada para ayudar al pueblo. A pedir comidas que uno ni hace aquí, a prometer y prometer y nunca salen con nada. A dejarlos mal a ustedes es a lo que vienen».

La jueza de Amotape comparte la idea del museo en la casa de Simón Rodríguez. Imagina una escuela donde se impartan las enseñanzas del maestro.

A Simón Rodríguez aparentemente no le gustaban los panteones. Le gustaban las verdaderas Repúblicas, los verdaderos republicanos, las escuelas de Economía Social y Educación Popular. Le gustaba enseñar. «Enseñen y tendrán quien sepa, eduquen y tendrán quien haga», eso decía. También decía irónicamente que «el consejo que todos acatan con mayor facilidad es el de dejar las cosas como están». Nada más certero para un caso como este. Mi breve estancia en Amotape estaba concluyendo. Faltaba, la última entrevista.

Domingo Pardo es vecino de Simón Rodríguez. Vive frente a la Plaza Mayor. Llegué, lo pregunté, salió, pero me dijo que no tenía tiempo para atenderme porque su hermana andaba algo enferma. Yo le respondí que no se preocupara y me puse a la orden, por si podía ayudar en algo. Entonces me preguntó si era largo lo que le iba a preguntar y yo le dije que no, que era preciso, cuestión de unos diez minutos. Afortunadamente, aceptó.

Domingo Pardo estuvo en el desenterramiento de 1994. Era el secretario de la Municipalidad y jefe de Registros Civiles. Cargos que desempeñó hasta 1997 cuando las políticas neoliberales del gobierno de Alberto Fujimori lo obligaron a jubilarse. Sin perder tiempo le pregunté cómo había sido el desenterramiento. Empezó a contarme:

—En 1993 comenzaron los trabajos de reparación de la iglesia. Era alcalde Alejandro Castro, ¿sabe quién es?

—Hablé con él anoche.

—Ya. Entonces comenzaron los trabajos, y al retirar el piso de madera, estaban escarbando y encontraron un ataúd, con las mis-

mas características que en su oportunidad, una señora que como el año 1920, 1925, habían llevado de testigo; que sí había visto dónde lo habían enterrado, al colombiano le decían a Simón Rodríguez. Ajá, entonces la señora dijo que sí, que cuando ella tenía siete años vio que lo enterraron, y que era a siete metros de la puerta. Pero como la iglesia se modificó, ya con las torres, los siete metros formaban más allá. Eso es lo que no dieron nunca. Siete metros, pero eran de la construcción anterior.

—Que era una capilla más pequeña.

—Exactamente. No había torres. Entonces, se encontró el ataúd, lo sacaron, tenía forma cónica, estaba integro, yo lo vi. Sino que lamentablemente no se tomó una foto. Estaba con su corbata «miche» y una bandera (hizo señal con la mano de que la bandera le cruzaba el pecho) que se veía ya entre negra y azul, amarillenta.

—Ahhh... lo enterraron con bandera de honores.

—Sí... con bandera. Y era alto pues, el cadáver. Entonces comenzaron los periodistas y vinieron y sacaron crónicas en los diarios y el Gobierno mandó una antropóloga, de Lima, para que diera el dictamen sobre las células óseas, y la acompañó el antropólogo Chaparro Frías. La vino acompañando, estuvieron viendo el cadáver, ella examinó. A la hora que ya se iban a retirar me llamó y me dijo que si podía darle una copia del acta de exhumación. Y yo le dije que acá no había fotocopadoras, solamente en Sullana. Y él me dijo que él me daba el pasaje de retorno, que le diera la copia. Entonces hablé con el alcalde y me autorizó para que llevara el libro, y en el trayecto fuimos conversando. Entonces, el antropólogo Frías me dice: «Mire señor Pardo, los restos que están ahí encon-

trados son los verdaderos restos de Simón Rodríguez. Sino que el Gobierno quiere evitar un problema diplomático con Venezuela, y entonces han optado por mandar a mi colega desde Lima, que viene con la consigna de decir que los restos son de mujer». Y la miró, y la señora afirmó con la cabeza, tomando la palabra del antropólogo. Bueno, ya fui a Sullana, le entregué la copia y me dijo: «Señor Pardo, usted como secretario, dígame usted al señor alcalde, recomiéndele, que le haga una urna, que la ponga en la iglesia, que le haga una urna con vidrios, y que le ponga un letrero arriba que diga: «Personaje desconocido». Con qué fin —dice—: con el fin de que el Gobierno, periodistas, escritores, van a venir acá y se van a interesar, para que Venezuela mande antropólogos y ellos determinen si es o no es los restos de Simón Rodríguez. Yo le dije al alcalde, pero la municipalidad en esa época no manejaba recursos. El alcalde salió y no lo hizo. Vino el alcalde Talledo y tampoco, y ya venían alumnos de todos los sitios, entraban y comenzaron a malograrlo, a llevarse los huesos para jugar con ellos.

—¿Será el mismo esqueleto que yo vi hoy?

—¡Claro! Sino que a la alcaldesa, la actual, le dije, esos restos así, tan expuestos, pueden robárselos, le digo yo, póngalos más bien en un sitio seguro. Los ha puesto en una que antes era una carroza, pero no tiene puerta, nada, está ahí, a la intemperie.

—Lo mejor sería hasta clavetear la caja.

—Claro. Eso sería lo más recomendable. Ya que no se ha hecho lo que recomendó el antropólogo. ¿Es que en un principio sabe qué pasó? En un principio, cuando vinieron a llevarse los restos, Piura no era departamento, era provincia litoral y pertenecía a Trujillo,

¿ya? Y el prefecto era de Trujillo, no era de Piura, ¿se da cuenta? Entonces, ordenaron a los militares que vinieran a hacer la exhumación, y se les cumplía el día, porque tenían su plazo que debían. Entonces el comandante, el jefe de la expedición que venía a sacar los restos dijeron que no estaban. Entonces dicen que el prefecto les dijo, saquen cualquier restos y tráiganlos, y ahí fue que se llevaron esos restos, que según un ex alcalde medio «palomiano» (jodedor) que había aquí, de nombre Arturo Payete, me dice: «Mire, Pardo, los restos que están en Venezuela, al costado de Simón Bolívar, no son los verdaderos —me dijo. Los restos que están en Venezuela —dijo así— son de un señor que le decían, este... Facundo: ¡El cholo Facundo...!».

CARACAS, JULIO DE 2018

Índice

I.....	9
II	15
III	27
IV	29
V	47
VI	57

La edición de este libro culminó en el
mes de julio de 2019, su publicación
en internet se inició durante el mes de
noviembre del mismo año.
Caracas-Venezuela

A través de una precisa conjunción entre el rigor histórico y la eficacia de la pesquisa detectivesca, Nelson Chávez Herrera plasma en *Los restos del cholo Facundo*, una travesía casi legendaria, con los vislumbres de una ficción apasionante, emanada de una sugestiva alfarera verbal, inserta fuera de las fórmulas comunes del ejercicio de la crónica literaria. La atmósfera envolvente de la narración incita a sumergirse en el rastreo de los múltiples textos conocidos, desconocidos u ocultos, escritos por el singular maestro, andariego y peregrino Simón Rodríguez, desviándose de manera intempestiva hacia la búsqueda de sus restos trashumantes, añadiendo a esta lúcida indagación el carácter de una aventura clásica, destinada a perdurar sin escapatoria en el tiempo.

NELSON ENRIQUE CHÁVEZ HERRERA. (Caracas, 1975). Escritor, investigador, periodista y editor venezolano. Uno de los más connotados especialistas en la obra de Simón Rodríguez. Estudió Filosofía en la UCV, Economía Política en la UBV y Estudios Latinoamericanos en la UNAM. Ha sido ganador del Premio Nacional de Dramaturgia «César Rengifo», convocado por la Alcaldía de Caracas y el Fondo Editorial Fundarte. Ha prologado los textos *Crítica de las providencias del Gobierno*; y *Pródromo a Sociedades Americanas en 1828*, de Simón Rodríguez, para la Fundación Editorial El Perro y la Rana. Es compilador de *Primeras Constituciones, Latinoamérica y el Caribe*, Biblioteca Ayacucho (2011); y autor de *Pregúntale a Lorenzo*, Fundarte (2019).

ISBN: 978-980-253-742-6

